

DOSSIER

Filologías latinoamericanas

**“¿DE DÓNDE LES VA A VENIR LA
FILOLOGÍA A LOS ARGENTINOS?”.
MONTAJES INSTITUCIONALES Y TRAMAS
CULTURALES A TRAVÉS DE LAS CARTAS DE AMÉRICO
CASTRO A RICARDO ROJAS (1921-1927)**

**"WHERE IS PHILOLOGY GOING TO COME TO ARGENTINES?"
INSTITUTIONAL MONTAGES AND CULTURAL PLOTS THROUGH THE
LETTERS OF AMÉRICO CASTRO TO RICARDO ROJAS (1921-1927)**

María Florencia Antequera

Universidad Nacional de Rosario - IH-IDEHESI, CONICET

Doctora en Letras (Universidad Nacional de Cuyo). Realizó estudios posdoctorales en la Universidad Federal de Santa Catarina (Brasil) y de grado en la Universidad Nacional de Rosario. Becaria posdoctoral en el Instituto de Historia- IDEHESI CONICET. Sus últimos libros son: Alcides Greca. El viaje de la escritura y la escritura del viaje (EDIFYL) y Ángel Guido. La Casa del Maestro (Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario), ambos del 2020. Docente en la Universidad Católica Argentina. Forma parte del equipo editorial de A&P Continuidad (FAPyD-UNR).

Contacto: mfantequera@hotmail.com

ORCID: 0000-0003-4945-7872

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Cartas inéditas de Américo Castro a Ricardo Rojas
Filología en Argentina
Montajes institucionales
Tramas culturales
Intercambios intelectuales

En esta comunicación analizamos la correspondencia que Américo Castro (Cantagalo, 1885 - Lloret de Mar, 1972) le escribió a Ricardo Rojas (San Miguel de Tucumán, 1882 - Buenos Aires, 1957), entre 1921 y 1927. Las cartas funcionan como un dispositivo (Agamben, 2007) y como un laboratorio de ideas (Maíz, 2018): además del discurrir de dos figuras tutelares en torno al hecho meridiano de comenzar a darle nervadura institucional a los estudios filológicos en Argentina, estas piezas muestran tanto el dinamismo de los vínculos académicos e intelectuales a ambos lados del Atlántico mediante montajes institucionales y viajes e igualmente, ponen de manifiesto las expectativas y los requerimientos de los sujetos epistológrafos. Procuramos, de este modo, enlazar algunos momentos de escritura (Antières, 2019) o secuencias temporales que articulan objetos y prácticas de una trayectoria individual y profesional y vincularlos así con un plafón más dilatado, la incidencia española tanto en la constitución de los estudios filológicos en Argentina como en ciertos episodios político-culturales que reverberaron en el epistolario.

ABSTRACT

KEYWORDS

Unpublished letters from Américo Castro to Ricardo Rojas
Philology in Argentina
Institutional setups
Cultural plots
Interchange of intellectual thinking

This work is aimed to analyze some keys of the unpublished collected letters from Américo Castro (Cantagalo, 1885 - Lloret de Mar, 1972) to Ricardo Rojas (San Miguel de Tucumán, 1882 - Buenos Aires, 1957), between 1921 and 1936. These letters work both as a dispositive (Agamben, 2007) and as a laboratory of ideas (Maíz, 2018): besides of the reasoning between two key tutorial characters related to the clear fact of giving institutional thread to the philological studies in Argentina, these letters show also the dynamic of the academical and intellectual tides between both sides of the Atlantic through travels and institutional setups as well as evidence the expectations and requirements of the epistolar character of the subjects. Intended, in this way, to binding some writing moments (Antières, 2019) or temporal sequences during which objects and practices of an individual and professional career are gathered together, relating them in this way to a wider scope; and at the same time binding also Spanish influence not only in the building of philological studies in Argentina but also in certain political-cultural events that resounded in the correspondence.

Fecha de envío: 12/10/20

Fecha de aceptación: 16/12/20

Introducción

Una veintena de textos inéditos conforman el intercambio epistolar entre Américo Castro (Cantagalo, 1885 - Lloret de Mar, 1972)¹ y Ricardo Rojas (San Miguel de Tucumán, 1882 - Buenos Aires, 1957). La primera misiva data del 10 de enero de 1921 y la última, del 1 de julio de 1936.² Por cierto, Américo tenía por costumbre *cartearse* con muchos intelectuales: Marcel Bataillon, Juan Goytisolo, Camilo José Cela, María Rosa Lida de Malkiel y Miguel de Unamuno son algunos de los epistológrafos con quienes trabajó relación y cuyos intercambios fueron publicados. Rojas no fue una excepción. Con respecto a este trocar de correspondencia, se conservan en el Museo Casa Ricardo Rojas (CABA) solamente las cartas escritas por Castro, por esa sensibilidad patrimonialista del fundador de la primera cátedra de literatura argentina. Estas piezas inéditas de inestimable valía son las que tomaremos como punto de partida³ para explorar algunos aspectos del itinerario intelectual de Castro en su vínculo con Rojas como la fundación del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, y el denominado *Affaire Unamuno*, que tantas tribulaciones le acarrió a Castro y que ocasionó un pedido de toma de posición de Castro hacia Rojas. Asimismo, analizaremos los usos y la funcionalidad de la epistolaridad en su correspondencia con Rojas.

¹ Américo Castro, perteneciente a una familia granadina, nació en la ciudad brasileña de Cantagalo, municipio situado en el estado de Río de Janeiro.

² Agradecemos al Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas el poder tomar contacto con las cartas de Castro a Rojas. Con respecto a su materialidad, conviene apuntar que estas piezas epistolares son enteramente legibles, están almacenadas y a disposición de consulta de manera digital. El análisis de este epistolario se encuentra metodológicamente condicionado por la imposibilidad de acceder a las cartas de Rojas que originan la respuesta de Castro. Un trabajo ulterior necesario será el estudio de las respuestas en el acervo documental de Américo Castro en Madrid.

Asimismo, agradecemos la lectura atenta de las Dras. Liliana M. Brezzo y Marta E. Castellino.

³ Del total, que comprende el arco temporal 1921-1936, tomamos las correspondientes al período 1921-1927.

En efecto, esta correspondencia entre Rojas y Castro deviene un material de importancia para auscultar, entre otros, rastros del debate intelectual en el ámbito filológico argentino durante los años en que la filología hispánica bregaba por consolidarse no solo como paradigma científico, a partir de la fundación del Instituto de Filología de la UBA en 1922 (Toscano y García 2009, 2011; Buchbinder, 1997), sino también como eje de estudios de carácter diacrónico⁴. Razón por la cual, la estancia del catalán Joan Corominas en la Universidad Nacional de Cuyo⁵ (González, 2017) y, fundamentalmente, las de Américo Castro y Amado Alonso en la Universidad de Buenos Aires –aunque con sus diferencias– son instancias clave que, en diversos períodos y con distintos alcances y características, fueron jalonando el vínculo académico entre España y Argentina. Todas estas estancias lo tienen a Rojas, por cierto, como protagonista y propulsor.

En el caso particular de la primera venida de Américo Castro a Argentina, sabemos que Rojas –decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA por entonces– consultó a Ramón Menéndez Pidal (La Coruña, 1869 - Madrid, 1968), referente en la filología hispánica de la primera mitad del siglo XX, para que le acercara el nombre de alguno de sus colaboradores con la finalidad de hacerse cargo de la dirección del instituto en ciernes. En ese sentido, la presencia del proyecto filológico menendezpidaliano en el instituto involucró el establecimiento de un campo científico en torno a los estudios lingüísticos y, como consecuencia de esto, contribuyó a la adopción de ciertos criterios mínimos de validación académica, a saber: los estudios universitarios, la especialización en el extranjero, las publicaciones en revistas profesionales, el conocimiento científico específico, etc. (Toscano y García, 2014; Lidgett, 2013; García Mouton, 2015).

En esta etapa fundacional, Menéndez Pidal fue nombrado director honorario y Castro, primer director. Cabe destacar que el proyecto para su instauración fue presentado por Rojas y Emilio Ravignani, creándose por resolución del Consejo Directivo de la

⁴ Escribió Castro en su “Programa de investigación filológica” (1923, p. 12): “Nuestra lengua es el resultado de una evolución multisecular, que nos da la razón de ser de los fenómenos que hoy observamos. Es inútil que analicemos estáticamente tal o cual forma gramatical o un giro de sintaxis, pretendiendo sacar una explicación de su estado actual. [...] El estado actual de una lengua no es sino un momento de su evolución indefinida, que dura en función de la cultura del grupo humano que la habla. Si esa cultura se atenúa, la lengua emprende de nuevo su marcha acelerada, y cada idioma se convierte de nuevo en el punto de arranque de una infinita variedad de dialectos”.

⁵ Aunque esta es posterior a la guerra civil española.

Facultad de Filosofía y Letras, el día 21 de junio de 1922, casi un año antes de comenzar formalmente la tarea.

Ahora bien, esa red científica, institucional y académica que Menéndez Pidal junto a Tomás Navarro Tomás, Castro y otros como Rafael Altamira⁶ entretejían desde España –la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas– estaba en plena ebullición entre la década del diez del siglo pasado y el comienzo de la guerra civil española, y propiciaba que figuras de la intelectualidad española viajaran a diversos países de América mediante una potente ensambladura conformada por prestigio profesional, contactos, becas, *pensiones*⁷ y subsidios. De alguna manera, se unían una, llamémosle así, *necesidad argentina*⁸ de científicos especializados para abordar los problemas filológicos y una *solvenia española* –una manera de saldar esa insuficiencia mediante la importación de especialistas–. En consecuencia, este volver a posar la mirada de España en América (e inversamente) implicaba la apuesta por una *pan nación* aglutinada por la lengua.

En este episodio transformador y modernizador de la vida cultural –la fundación del Instituto de Filología– resulta sumamente clara la incidencia de la promoción de la cultura española en Argentina⁹: los países latinoamericanos eran concebidos como aliados del pensamiento, a modo de una prolongación espiritual del país propio (Cfr. Antelo, 2014: 182), encarnando una apuesta continental panhispánica:

estas relaciones fueron notables desde 1910, y los vínculos se estrecharon con la creación de instituciones diversas en Argentina, Uruguay, Cuba, México, Puerto Rico y Santo Domingo. Así, en 1914

⁶ Las estadias de Altamira y de Adolfo Posada constituyen no solo antecedentes relevantes de la empresa intelectual de Castro sino el puntapié inicial de los vínculos intelectuales e institucionales que se anudaron en adelante. Sugerimos consultar los vastos trabajos de Gustavo H. Prado (2008, 2010) sobre Altamira, quien hizo su periplo americano también. Otra figura central fue Adolfo Posada, por su influjo y ligamen profesional con la Universidad Nacional de La Plata. Adolfo Posada escribió el libro *La República Argentina* (1910).

⁷ Consultar: Formentín Ibáñez y Villegas (2007).

⁸ Huelga decir que Argentina no era una tabula rasa en lo relativo a los estudios filológicos. Sugerimos consultar los textos de: Alfón (2011); Battista (2014); Degiovanni y Toscano y García (2010); Lidgett (2013); Toscano y García (2009, 2020); Oliveto (2016), entre otros.

⁹ Cabe destacar que no solo Buenos Aires estaba bajo la proyección continental americana del Centro de Estudios Históricos (Junta de Ampliación de Estudios) ya que esta institución tenía redes transnacionales amplias como demuestran Puig-Samper Mulero (2007); Formentín Ibáñez y Villegas (2007); García Mouton y Pedrazuela (2015); Laín Entralgo (1971); López Sanchez, Capello y De Pedro Robles (2007); Antelo (2014).

se creó la Institución Cultural Española en Buenos Aires (modelo de la acción española en América), cuya finalidad era la difusión de las investigaciones y estudios científico-literarios españoles (Antelo, 2014: 182).

De alguna manera, la institucionalización de los estudios de este recorte del saber, mediante la creación del instituto, deviene una materialización de esa vigorosa vinculación (Cfr. Toscano y García 2011, 2013; Cfr. Santos de la Morena, 2015). Una aproximación a los textos epistolares escritos por Castro permite entonces revisar en filigrana aquellas manifestaciones político-culturales que hacen alarde del afanoso debate de ideas que se estaba desplegando en esos años y del que el Instituto de Filología es tributario.

En efecto, a través del epistolario se hace ostensible el entramado científico, institucional y económico que ambos, Rojas y Castro, contribuyeron a sustentar y consolidar (Cfr. Chicote, 2020: 4). De este modo, la correspondencia funciona como un *dispositivo* (Agamben, 2007) y como un *laboratorio de ideas* (Maíz, 2018): además del discurrir de dos figuras tutelares en torno al hecho meridiano de comenzar a darle nervadura institucional a los estudios filológicos, las cartas muestran el dinamismo de los vínculos académicos e intelectuales a ambos lados del Atlántico mediante *montajes institucionales*, intercambios librescos, viajes, avances en la escritura de las obras literarias y críticas, entre otros. Igualmente, ponen de manifiesto tanto las expectativas y los requerimientos de los epistológrafos, como las preocupaciones de poca monta del diario vivir, los problemas de salud, las incomprensiones, las luchas cotidianas. De Castro a Rojas, se percibe una actitud de apertura y un siempre notable agradecimiento.

Aunque intentamos recomponer ese diálogo a dos voces de la correspondencia epistolar, solo contamos con las cartas que Castro enviara a Rojas, por el afán archivístico de este último. Ponemos a consideración del lector entonces un sugestivo ramillete de cartas que no ha sido abordado en los extensos y prolíficos trabajos sobre los aportes científicos de Castro –Alfón, 2013; Aranguren, Bataillon, Gilman, Laín, Lapesa y otros, 1971; Battista, 2014; Bernabeu, 2007; Degiovanni, 2010; Degiovanni y Toscano y García, 2010, Lida, 2012, 2019; Lidgett, 2013; Morales Martín y Rodríguez Rodríguez, 2012; Toscano y García, 2011, 2014, por citar algunos–, materiales de los que se ha nutrido esta comunicación.

Al interrogar entonces una práctica de escritura junto a sus intervenciones ideológicas, a través de ese *continente autobiográfico*

(Antières y Dabbadie, 2019) conformado por esta selección de cartas, bregamos por profundizar en una ristra de acontecimientos disyuntos de la vida profesional del filólogo, en diálogo con un horizonte más abarcativo, que abraza los vínculos trasatlánticos entre España y Argentina: los intercambios intelectuales entre estas dos figuras destacadas y las tramas culturales cimentadas son los intereses centrales de la partida. Procuramos, de este modo, enlazar algunos *momentos de escritura* (Antières, 2019) o secuencias temporales durante las cuales se articulan objetos y prácticas de una trayectoria individual y profesional y vincularlos así con un plafón más dilatado que incluye la incidencia española tanto en la constitución de los estudios filológicos en Argentina como en ciertos episodios político-culturales que reverberaron en el epistolario.

Este trabajo consta de tres partes que detallamos a continuación: en la primera, discurrimos en torno al episodio concreto de la fundación del instituto desde la perspectiva concreta que brindan las cartas; en la segunda sección, nos interesa auscultar los usos y la funcionalidad de la epistolaridad que Castro desenvuelve en su correspondencia con Rojas; en la tercera, analizamos el denominado *Affaire Unamuno*, que tantos desasosiegos le acarreó a Castro y que suscitó una insistente interpelación de Castro a Rojas: en efecto, el filólogo español nacido en Brasil lo exhortó a Rojas a una toma de posición frente al conflicto. Por último, ponemos a disposición de los lectores algunas de las piezas epistolares inéditas que consideramos más significativas.

Experimenta linguarum

“La única razón de la vida es crear algo que antes no existía”
Ramón Menéndez Pidal, 1959

Todo comienza en Madrid, en los albores del siglo pasado. Una reconstrucción de los diversos sitios desde donde Castro –el remitente– escribió a Rojas permite cartografiar, a través de estas piezas epistolares, las tramas –académicas, culturales, políticas– que fue urdiendo: son esquirlas de una biografía tejida a uno y otro lado del Atlántico. Conviene reparar en que más de la mitad de las cartas fueron escritas desde Madrid: Castro era propietario de un hotelito en la calle Oquendo 3, a tiro de piedra de la Residencia de Estudiantes, del Instituto-Escuela y de la futura ubicación de las proyectadas instalaciones del Centro de Estudios Históricos

dependiente de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, en los alrededores de la Colina de los Chopos (según el nombre que le dio el poeta Juan Ramón Jiménez a esa zona de Madrid).

Este detalle del plano madrileño nos resulta útil para pensar que las inmediaciones de la casa de Castro remiten a las diversas instituciones que contribuyó a edificar desde las primeras décadas del siglo pasado, poniendo también sus primeras piedras. Precisamente en 1910 Castro se incorporó, haciéndose cargo de la sección de Lexicografía, al recién creado Centro de Estudios Históricos, que tenía como presidente a Ramón Menéndez Pidal y como secretario, a Tomás Navarro Tomás (1884-1979). Como sostienen Morales Martín y Rodríguez Rodríguez (2012: 23), el Centro de Estudios Históricos:

fue la institución que dio un mayor impulso a los estudios filológicos, a la profesionalización del quehacer historiográfico, a la internacionalización de la historiografía española y a la proyección social del trabajo de los filólogos e historiadores en aquella España del primer tercio del siglo XX. Además, esta institución enseñó a investigar y a renovar las prácticas de trabajo de numerosos humanistas y científicos sociales españoles (López-Ocón, 2010, pp. 40-41). Por aquella institución pasaron, como docentes, como alumnos, intelectuales de la talla de José Ortega y Gasset, Federico de Onís, Emilio Alarcos, Agustín Millares, María de Maeztu, Miguel Asín Palacios, Rafael Lapesa, Julián Ribera o Manuel Gómez Moreno, entre otros.

Sin embargo, conviene recordar que Américo también transitaba los pasillos de la otrora Universidad Central de Madrid. Sin detenernos en la descripción de todas sus abundantes actividades y responsabilidades profesionales, sí daremos unas pinceladas biográficas que resultan elocuentes. En octubre de 1911, Castro se doctoró en Filosofía y Letras con una tesis cuyo título fue: “Contribución al estudio del dialecto leonés en Zamora”. Unos años antes, entre 1905 y 1908, había estudiado en París, en la Universidad de la Sorbona. En 1913, fue nombrado profesor auxiliar en la Facultad de Letras de la Central y catedrático de Filología castellana en 1915, más tarde retitulada como Historia de la Lengua castellana, la primera cátedra en España con esa denominación.

Como vemos, su actividad profesional comenzó a perfilarse de la mano de la dialectología para luego abrirse en abanico hacia otros horizontes que incluían los estudios críticos e históricos de obras literarias canónicas y las definiciones de la *vividura hispánica* y de la

morada de la vida, conceptos cuya encarnadura derivó en múltiples publicaciones. Recordemos que, a posteriori, en concreto a partir de los años cuarenta, su producción ahondó en las tesis de su obra *España en su historia. Cristianos, moros y judíos* (1948)¹⁰, reeditada primero en 1954 y luego en 1962 bajo el título de *La realidad histórica de España*. En otros términos, podríamos esbozar que su itinerario profesional se amplificó entre la lexicografía y la historia, esto es, del monumento de la lengua –el diccionario– a los estudios histórico-literarios del ser español: en esa retahíla de intereses, se fraguó su carrera académica.

El año 1923 fue significativo en el itinerario intelectual del filólogo: en efecto, ese fue el año en que Castro –todo un *cabal viajero cultural* (Aguilar y Siskind, 2002)– estuvo por primera vez en la Argentina. Un año antes había visitado Marruecos con la finalidad de analizar a fondo las juderías que allí había¹¹. Llegó al puerto de

¹⁰ Castro escribió una importante cantidad de publicaciones sobre gramática histórica, crítica literaria y estudios históricos entre las que se destacan “Prólogo”, en *Vida del Buscón* (1911), *Contribución al estudio del dialecto leonés de Zamora* (1913), *La enseñanza del español en España* (1922), *Lengua, enseñanza y literatura* (1924), *Vida de Lope de Vega, 1562-1635* (1919), en colaboración con el profesor H. A. Rennart, *El pensamiento de Cervantes* (1925), *Santa Teresa de Jesús y otros ensayos* (1929), así como también numerosos estudios como por ejemplo: *Lo hispánico y el erasmismo* (1940); *Iberoamérica: su presente y su pasado* (1946). En 1947 editó *Mesianismo, espiritualismo y actitud personal*. Cabe mencionar también *Dos ensayos* (1956), *Hacia Cervantes* (1957), *Origen, ser y existir de los españoles* (1958), En 1960, publicó *La Celestina como contienda literaria*. Por otra parte, escribió prólogos a obras de autores clásicos, entre ellos a Tirso de Molina y a Francisco de Quevedo. También escribió trabajos sobre los juglares de los tiempos medievales, sobre Erasmo de Rotterdam y sobre el teatro clásico. Otras obras son: *De la edad conflictiva. El drama de la honra en España y en su literatura* (1961), y *Cervantes y los casticismos españoles* (1966). Asimismo, se destacan doce interesantes artículos, entre los años 1910 y 1935, en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*.

Por otra parte, conviene apuntar brevemente que defendió la idea de españolidad como resultado de la convivencia durante siglos de la cultura cristiana, musulmana y judía frente a Claudio Sánchez Albornoz, quien destacó la importancia de la aportación romano-cristiana. Esta polémica fue muy bien documentada por Villalba (2015) y Gómez Martínez (1972). El ser de España, dice Américo Castro, empieza a configurarse a partir del 711 con la confluencia de los árabes, musulmanes, judíos y cristianos. En este sentido, piensa a España con origen mestizo, no como entidad metafísica sino como entidad histórica, esto es, como producto de la historia.

Ideológica y políticamente afincado sobre el liberalismo y el laicismo, Castro ocupó en tiempos de la Segunda República el puesto de embajador en Alemania (1931), permaneciendo en dicho cargo hasta el año siguiente. En aquellos años publicó varios artículos en el diario madrileño *El Sol*. Al estallar la guerra civil (1936), se exilió en la Argentina. A posteriori, en los Estados Unidos, donde fue profesor en la prestigiosa Universidad de Princeton.

¹¹ Américo Castro se destacó como un viajero cultural. En 1923, también visitó algunas universidades de Uruguay y de Chile. En 1924 fue invitado por la universidad norteamericana de Columbia e intervino en otras universidades de EE. UU. A finales del año 1924, pronunció una conferencia en la universidad de La Sorbona sobre “El pensamiento y la moral de Cervantes”. En 1928, estuvo en

Buenos Aires con el encargo preciso de dirigir el Instituto de Filología, a instancias de Menéndez Pidal, su referente. Ciertamente, Menéndez Pidal no le dio ese encargo solo por ser un filólogo pujante y discutidor que estaba en el candelero madrileño, sino porque pertenecía al grupo de intelectuales del Centro de Estudios Históricos, corporación que en última instancia había asumido la responsabilidad de sacar adelante la labor filológica del Instituto, a pedido de Rojas.

En este sentido, cabe recordar que Menéndez Pidal, por su parte, bregaba por la cimentación de los lazos de una pan nación hispanoamericana ya que tenía el objetivo de “crear una unidad lingüístico-cultural que conformara un mundo panhispánico, en el cual se propiciara el desarrollo de las relaciones internacionales y el trazado de políticas institucionales entre España y las ex colonias devenidas en Estados independientes” (Chicote, 2020: 2).

Repasando algunas de las misivas escritas a Menéndez Pidal por Castro, se pueden observar dos cuestiones estrechamente vinculadas: en primer lugar, que Américo se consideraba parte de un colectivo amplio que compartía un saber especializado, esto es, no se juzgaba un *verso suelto* sino parte de un engranaje de la importante institución que representaba, el Centro de Estudios Históricos. En segundo lugar, y muy ligado a lo anterior, sentía en sus hombros el peso de una responsabilidad: venía estrictamente a cumplir una misión encomendada de manos de su intelectual faro. Esto último (así como el peso que significaba para él esta ampulosa labor) puede calibrarse también en otra carta de Castro, esta vez a Federico de Onís. Con fecha del 18 de julio de 1923, a las pocas semanas de haber emprendido su *aventura filológica porteña*, Castro comparte con su colega sus expectativas y el tenor del encargo en estos términos:

para lo que nos quieren es para la lingüística. Yo lo miro además como el compromiso de honor más grande que ha caído sobre nuestro grupo. Veo más claro que la luz de nuestro porvenir como país es América, y que se nos pone en la mano, nada menos, que el problema de la lengua nacional. Tenemos que fabricar discípulos para dar el tono a la enseñanza de la lengua y la literatura españolas no solo aquí sino en otras partes que no han de tardar en seguir el ejemplo de Buenos Aires (Carta de Américo Castro a Federico de Onís, Buenos Aires, 18 de julio de 1923. Archivo de Federico Onís, O-MS/C-44.18. Cit. en Lida, 2019: 26).

diversos países de América: México, Cuba y Puerto Rico. En 1933 efectuó otros viajes por varias universidades del continente europeo.

Por todo lo antedicho –experimentarlo como un compromiso de honor ligado al porvenir español como país, dar el tono a la enseñanza de la lengua y la literatura españolas en suelo americano, formar un discipulado– la singladura de Castro hacia Argentina puede caracterizarse como un viaje más *exportador* que importador de conocimientos, teniendo en cuenta que el sujeto en cuestión va a determinado lugar a transmitir sus sapiencias, con la finalidad de ampliar las bases de adhesión y dejar un legado. Esto es, para constituir un *archivo* que traduzca la intangibilidad del poder (de la filología) o quizás más certeramente, para consolidar un *anticuario* (Devoto, 2018), el de la lengua mensurada que, como abiertamente le dice a su colega, es el compromiso de honor más importante al que se han enfrentado como colectivo.

Sin embargo, este fragmento es sumamente elocuente además porque expresa acaso los dos desafíos más importantes a los que Castro debía enfrentarse: tener entre manos el problema de la lengua nacional y formar prosélitos. Entre la ciencia y el proselitismo, Castro trazará un programa filológico para su estadía en Argentina que, como veremos, será ciertamente breve: solo seis meses en los cuales poco se pudo concretar. Podríamos afirmar que, desde su perspectiva, la ciencia se constituye en un discurso y una práctica ideológicamente neutral y que encontraría en su carácter internacional una confirmación decisiva de su carácter no situado (Toscano y García, 2020: 54).

Rojas, por su parte, encontraba en Castro aquello que se ajustaba a sus necesidades. Como queda de manifiesto en el Discurso inaugural del Instituto, para Rojas se requería de un técnico encargado de dirigirlo y Castro era la persona indicada: “Discípulo dilecto de Pidal, colaborador suyo infatigable, autor de obra propia, investigador minucioso, publicista sincero, filólogo extra-académico, maestro él mismo, Américo Castro viene hacia nosotros como un generoso misionero de la nueva doctrina” (1923: 37).

No obstante, para quienes ponían pegas a la designación de Castro por su condición de extranjero, Rojas agrega:

Habría, sin duda, sorprendido a los que mal me conocen, que yo, predicador tenaz de nacionalismo en la Argentina, haya ido a buscar afuera maestro y director para el Instituto de Filología; pero no se habrán sorprendido los que saben cuáles son mis ideas sobre la raza y el idioma, expuestas en mi cátedra de literatura argentina y en mi cátedra de literatura española, sin contar lo que tengo dicho sobre

temas de nacionalidad y cultura en numerosos libros. Mi nacionalismo no hostiliza lo extranjero sino que lo asimila, como lo propongo en *Eurindia*; mi nacionalismo no excluye lo español, puesto que lo considera fuente de argentinidad, como lo muestro en *Blasón de plata*; mi nacionalismo no venera la incultura nativa sino que tiende a superarla por un ideal de civilización, como lo expresé hace quince años en *La restauración nacionalista*, cuando formulé la teoría, como reacción idealista contra la imitación empírica, el materialismo histórico y el mercantilismo cosmopolita, motivos locales de esa reacción (1923: 38).

Como vemos, el cosmopolitismo de Castro no es problema para Rojas: para saldar este posible entredicho hace un repaso a su propia bibliografía (*La restauración nacionalista*, *Eurindia*, *Blasón de plata*) dando muestras de que esa españolidad no es otra cosa que fuente de argentinidad y propone asimilar lo extranjero, al incluir lo español. Sin embargo, Rojas aclara el embrago explicando que al frotar *la lámpara de la filología* aparecerá *el genio que contiene la llave mágica para abrir los corazones*:

si necesitamos traer del extranjero especialistas de una ciencia que aquí no se cultiva o se cultiva por métodos equivocados, debemos traerlos: y que si España ha formado una escuela filológica moderna, aunque ella se haya iniciado bajo el magisterio de la ciencia alemana, es lógico preferir un filólogo español, porque este posee, con el genio del idioma común, la llave mágica para entrar en el secreto de nuestros propios corazones (1923: 38).

Como apuntábamos más arriba, fue Menéndez Pidal quien lo recomendó ante Rojas para la empresa, hecho constatable en la correspondencia entrambos. A su vez, Rojas (1923: 37) dejó asentado en el ya citado discurso, que había obtenido del Consejo Directivo de la facultad la autorización para gestionar la venida de un especialista europeo, a quien se le entregaría la dirección y se le destinarían los fondos pertinentes para acometer dicha tarea.

Entre junio y diciembre de ese año, entonces, Castro se lanzó a la gesta filológica porteña y se hizo cargo de la dirección del Instituto. Ahora bien, ¿cómo fueron esas primeras comunicaciones de Madrid a Buenos Aires? ¿Cómo fueron los primeros contactos? En una misiva fechada el 4 de mayo de 1923, queda de manifiesto que Castro va casi a tientas a Buenos Aires, secundando la palabra de

Menéndez Pidal.¹² Lo asedian las dudas porque no sabe exactamente cómo se materializará su trabajo allí. Sin embargo, percibe el apuro de Rojas para que se concrete con suma presteza el traslado desde Madrid. Como decíamos, tiene entre manos una definida labor intelectual y un objetivo: sentar las bases científicas de los estudios filológicos en Argentina y de aquí, al resto de América. Razón por la cual en la misiva tiene muchas preguntas para hacer. También descende a ciertos detalles materiales de su estadía: procura que Rojas le busque un alojamiento acorde a sus posibilidades económicas. Y con inocultable ansiedad, le pregunta cómo será su oficina:

Ayer llegó su cable en que solicita que vaya urgentemente. De haber recibido antes esa noticia con carácter definitivo, habría ido en el vapor español del día 7 con mi amigo el Dr. Lafora. Ha sido materialmente imposible arreglar el viaje con esa premura. El vapor más inmediato en que puedo salir es el *Lutetia*, que parte el 15 de Lisboa y llega ahí el 30. Lamento mucho no haber sabido antes su decisión, porque en la *Transatlántica* española hubiera podido obtener pasaje gratis, y ahora es a cargo mío. Pero esto es un detalle secundario. Lo importante es el hecho del viaje, y su alta finalidad intelectual. Para mí es un gran honor el inaugurar en esa importante universidad, unida a nosotros por tantos vínculos, el estudio histórico de la lengua nacional.

Voy un poco a ciegas sobre el detalle de mi trabajo ahí. He reunido la mayor cantidad de materiales, y de sugerencias personales para poder ofrecerles algo interesante a sus estudiantes. Una vez ahí, V. me dirá que es lo que desean concretamente, qué lugar hemos de dar al español entre las lenguas románicas, etc.

Yo la agradecería mucho, Dr. Rojas, que pensarán en buscarme un alojamiento no caro, y que no se encontrara demasiado lejos del lugar donde vaya a dar clase. No me represento cómo va a estar instalado el Instituto. ¿Tendré en él un despacho, donde pueda instalar mis libros y trabajar con libertad durante el día? Siendo así, yo mandaré allá mi cajón de libros. En otro caso sería preciso que mi alojamiento tuviese dos piezas, para poner en una de ellas el despacho. Es natural que yo prefiera la primera solución.

Perdone que le moleste desde ahora con estas incumbencias, pero V. ha de ser mi mentor estos primeros momentos de mi estancia en un

¹² En otra carta, de Menéndez Pidal a Rojas, fechada el 12 de mayo de 1923 se puede leer: “Castro atenderá la Gramática Histórica en general y especialmente a la lengua literaria en su variedad argentina” (Carta de Menéndez Pidal a Ricardo Rojas, Madrid, 12 de mayo de 1923. Archivo Menéndez Pidal en Madrid. Cit. en Chicote, 2020: 10).

país nuevo para mí (Carta de Castro a Rojas, Madrid, 4 de mayo de 1923. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas).

“Cruzar el charco”, instalarse en un país nuevo y acometer una empresa sin par, ese es el panorama que se le presenta a Castro. Sin embargo, ¿qué significaba en 1923 su “viaje y su alta finalidad intelectual”? Esto es, ¿qué implicancias tenía poner esta primera piedra en el edificio de los estudios de la lengua, en clave histórica? Según sostiene la historiadora Miranda Lida (2012: 101), “no se trataba de promover la creación de un instituto que estudiara y sistematizara la *auténtica* lengua argentina, sino de crear un centro de estudios que sirviera para promover el buen uso del idioma español en la Argentina”.

En clave de saneamiento de una lengua corrompida, Castro “concebía su misión en la Argentina como una obra de purificación que debía ser llevada a cabo en un país en el que su lengua había llegado a degenerar, por haber sido un área marginal del antiguo imperio español” (Lida, 2012, 101). Por ende, su plan ni por asomo incluía *argentinizarse* la lengua, bastaba con mensurar el uso para detectar su corrupción, adoptando un rol de normativizador lingüístico para tal fin. En este sentido, confeccionó “un proyecto que consistía básicamente en la recolección de materiales para la elaboración de una lexicografía hispanoamericana” (Buchbinder, 1997: 136).

No obstante, ya transcurridos casi cinco meses de su estancia en Buenos Aires, Castro deja traslucir en una carta del 20 de septiembre de 1923 un regusto de desilusión y amargura. La misiva está dirigida a Menéndez Pidal y a Navarro Tomás:

Queridos D. Ramón y Navarro: Les agradezco mucho su carta. Han tardado Vds. dos meses en contestar a mis primeras epístolas, y veo que no estamos muy a tono en la apreciación de algunas cuestiones. Si me hubieran escrito al principio, muchas de esas dudas hubieran sido desvanecidas con cartas mías. Pero he ido siendo más parco que en mis primeras efusiones, en las que daba impresiones tal vez demasiado próximas al momento, a medida que fui comprobando el escaso eco que encontraban ahí mis asuntos americanos (Carta de Castro a Menéndez Pidal y Navarro Tomás, Buenos Aires, 20 de septiembre de 1923. Archivo Menéndez Pidal, Madrid. Cit. en Degiovanni y Toscano y García, 2010: 208).

El pacto epistolar, que supone la periodicidad en el trocar de correspondencia (Cfr. Dauphin, 1995; Lyons, 2018), se hizo trizas.

Roto el contrato tácito, “ese pacto no expresado abarca la longitud de las cartas, la frecuencia aceptable de los intercambios, el lenguaje que se utiliza en ellos, las fórmulas para saludar y despedirse que los corresponsales estiman apropiadas” (Lyons, 2018: 278). Castro les reprocha el desinterés a sus colegas, traducido en la tardanza en responder sus cartas; de alguna manera, percibe que ellos no están interesados en su gesta americana. O, lo que es lo mismo, no encuentra en sus compañeros interlocutores válidos. Además, entiende que lo acusan injustamente por confundir teoría y práctica de un proyecto filológico que tiene sus bemoles:

Veo que toman Vds. actitud muy dogmática en lo de la pronunciación. Confunden a mi ver los puntos de vista teóricos con lo que ‘en este momento se puede hacer aquí’. Además, no me parece exacta la comparación con las lenguas románicas, porque eso nos llevaría a la idea de [Rufino José] Cuervo. Yo parto de la evidencia que el español es uno en la pronunciación, no obstante las diferencias regionales de toda clase que poseemos, que hacen que no tomemos por ‘extranjero’ a un hispano-americano, aun el más bozal de Venezuela o Centro América. No es pues en la y ni en la s donde está el peligro, sino en escribir ‘desde que’ por ‘puesto que’, o ‘mal grado’ por ‘no obstante’, o en suprimir el futuro, o el pronombre ‘vosotros’, o en decir ‘venir detrás nuestro’, etc., etc. (Carta de Castro a Menéndez Pidal y Navarro Tomás, Buenos Aires, 20 de septiembre de 1923. Archivo Menéndez Pidal, Madrid. Cit. en Degiovanni y Toscano y García, 2010: 208-209).

El plan de Castro implica alejar la *corruptela* de los muros capitales de la lengua: la sintaxis y el léxico. No se concentrará ni por asomo en la fonética, ya que para Castro no revestía la centralidad que le endilgaba Navarro Tomás. En esta diferencia, que incluye también diversidad de criterios entre lo que se puede y lo que se debe realizar, Castro los acusa de *dogmáticos*; ellos, por su parte, ya lo habían tildado de *frívolo*. Pero no nos adelantemos.

Decíamos: a Castro le punzan las críticas desde el otro lado del Atlántico. Considera que, además de separarlos 10.000 km de distancia, los separan las incomprensiones. Para contrarrestar los juicios negativos que sus compañeros vierten en la correspondencia, escribe esta *contra-misiva* a Menéndez Pidal y Navarro Tomás (que citamos ut supra) realizando un punteo de sus logros consolidados, a saber: los numerosos asistentes a sus conferencias, la consideración y el respeto del público, la solicitud de artículos en periódicos que acompañan sus días. Aunque sus compañeros no lo quieran ver, en

estos pocos meses se le abrieron todas las puertas, convirtiéndose en una voz autorizada en la capital argentina: Castro devino, a todas luces, una *philological star* en el firmamento académico porteño. A su vez, en la misiva detalla pormenorizadamente las actividades que cada uno de los miembros del novel instituto está acometiendo. Está convencido: ya ha cumplido las metas de su viaje exportador de conocimientos. Sin embargo, para su sorpresa, le han *soltado la mano* desde Madrid (Cfr. Carta de Castro a Menéndez Pidal y Navarro Tomás, Buenos Aires, 20 de septiembre de 1923. Archivo Menéndez Pidal, Madrid. Cit. en Degiovanni y Toscano y García, 2010: 208-211).

Como se puede apreciar, estas *escrituras ordinarias* (Fabre, 1993) que conforman las cartas, es decir, estos usos de lo escrito definidos esencialmente como no literarios, domésticos, profesionales y personales (Antières, 2019: 75) rezuman a contraluz un entramado conformado por la Junta de Ampliación de Estudios y el Centro de Estudios Histórico que, en clave pragmática y paternalista, pensaba el proyecto unidireccionalmente de España hacia Argentina, con un viso colonizador. Este es quizás el motivo por el cual solo vinieron a la Argentina profesores españoles, pero no se dio un movimiento a la inversa ni tampoco fueron al viejo continente sino solamente unos pocos estudiantes, jóvenes en formación. La traducción económica de la apuesta habla por sí sola: solo tres estudiantes becados vinieron a América,

mientras que el número de profesores que viajaron para dar conferencias o cursos en América fue muy superior, entendiendo que en la América española no se había de recoger, sino que se tenía que sembrar. En líneas generales, la JAE entendió que entre España y América podía establecerse una relación análoga a la que pretendía que existiese entre España y Europa, pero reinterpretando la famosa máxima de Ortega: ‘América Latina era el problema y España la solución’ (López Sánchez, Capello y De Pedro Robles, 2007: 126).

En efecto, el objetivo de la JAE era, a fin de cuentas, “crear una elite de científicos e intelectuales comprometidos con la regeneración espiritual y material del país, ciudadanos conscientes de su misión renovadora” (López Sánchez, Capello y De Pedro Robles, 2007: 177). Más que cooperación internacional fue una suerte de misión científica que Castro personificó y que luego encarnaron Agustín Millares Carlo (1924), Manuel de Montoliú (1925) y Amado Alonso (1927-1946), *haciendo cabeza* en la dirección del instituto. Esta etapa

que la crítica especializada ha denominado como *fundacional* (Toscano y García, 2009; Battista, 2014), entre 1922 y 1946, estuvo ligada a filólogos españoles menedezpidalianos, con la excepción del antropólogo alemán radicado en Argentina Robert Lehmann-Nitsche que lo dirigió interinamente durante el año 1926.

En este sentido, y recuperando la biografía que le dedicaron Morales Martín y Rodríguez Rodríguez (2012: 31), Castro fue definido como un *pasador cultural*, esto es, un propagandista y difusor de los logros científicos españoles. Tanto el dictado de conferencias, los viajes científicos, los intercambios libresco¹³, la exigencia de un trabajo de acuerdo a ciertos cánones metodológicos y la legitimación conjunta de proyecto y sujeto (Antelo, 1998: 19) materializan la apuesta que entraña afanes de vigilancia lingüística.

Llegados a este punto, conviene subrayar que la filología de Castro, atenta a su imperativo normativo y universalista, tenía un fuerte interés pedagógico, como es de suponer. La intervención cultural que llevó adelante en esos meses era concebida como “una acción política: la colocación de España como referente cultural y científico para los países hispanoamericanos, en particular, para la Argentina” (Degiovanni y Toscano y García, 2010: 199). Por este motivo, es que Castro se sintió vapuleado frente al poco interés de sus colegas. La escritura asidua de cartas resulta imprescindible y vital para sobrellevar su experiencia porteña. Sin embargo, sus denodados trabajos en Buenos Aires no tienen el ansiado eco, al otro lado del Atlántico. Y para peor, es considerado un “frívolo”, por dedicarse al arte de dictar conferencias. En un fragmento de la misiva a Menéndez Pidal y Navarro Tomás, Castro se defiende con uñas y dientes en estos términos:

Es perfectamente armonizable que yo ahí reniegue de las conferencias artificiosas, sin finalidad, en las que hay que empezar por inventar el público en las que yo tengo que hacer de público

¹³ Dice Castro en una carta del 18 de noviembre de 1924 a Rojas: “Mi querido amigo: Gracias por su bello libro sobre su gestión tan brillante en la Facultad. Correspondo mandándole dedicado el primer ejemplar que recibo de un libro mío”. Más adelante agrega: “Estoy acabando una larga reseña de su Lit. Arg. para vuestra revista. Lo he hecho con la mayor simpatía” (Carta de Castro a Rojas, Madrid, 18 de noviembre de 1924. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas). En otra carta del 29 de noviembre de 1927 expresa: “Mi querido amigo: A punto de manchar a Alemania a dar una serie de conferencias, me llega *El Cristo Invisible* que desde la primera página me agrada profundamente, por andar interesado lecturas religiosas. ¿Conoce el Jesús de [ilegible]? A mi vuelta leeré su libro con el detenimiento que merece”. (Carta de Castro a Rojas, Madrid, 29 de noviembre de 1927. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas)

para escuchar las sandenses de [Arturo] Farinelli y compañía, con que me haya lanzado aquí a dar un *cours public*, semanal, durante 3 meses, en vista de que no había ambiente para estas cosas, y había que crearlo. ¿Que Ricardo Rojas tenía que haber preparado antes su núcleo de filólogos? Pero pensar eso es colocarse en la abstracción más pura. ¿De dónde les va a venir la filología a los argentinos? Para crearla es para lo que han pedido la ayuda del Centro Histórico (Carta de Castro a Menéndez Pidal y Navarro Tomás, Buenos Aires, 20 de septiembre de 1923. Archivo Menéndez Pidal, Madrid. Cit. en Degiovanni y Toscano y García, 2010: 208).

Como se puede advertir, el problema presenta dos caras: por un lado, Castro señala que los colegas españoles no están en la trinchera, no arrecian con las armas de las letras en el campo de la batalla cultural que él está intentando librar en Argentina, de ahí la falta de comprensión y la indolencia; y por el otro, pone en palabras quizás el escollo mayor con que se topó en esos escasos meses al frente del instituto, que en realidad constituía el mayor anhelo: la articulación de un público, ese paso instituyente que excede la mera política institucional. Podríamos decir que a Castro no le interesaba convencer a los detractores del instituto –nos referimos a los belicosos filólogos no académicos o extrauniversitarios Arturo Costa Álvarez, Vicente Rossi y Almanzor Medina¹⁴– quienes aprovechaban cada oportunidad para criticar su procedencia europea y sus afanes sino que, por el contrario, le interesaba capitalizar, en plena efervescencia, esos *días de gloria* para la filología española y, de esta manera, hegemonizar un discurso y un análisis formal concreto. Se puede percibir además cierta *agencia de sí* en las cartas por Castro escritas: debe legitimar su trabajo a los ojos de sus colegas españoles, debe exponer sus logros.

Sin embargo, en una carta fechada el 13 de noviembre de 1923 dirigida a Rojas ya se presiente que el deseo de Castro era abandonar la labor y retornar de una buena vez a España. Fastidiado y enfermo de los intestinos, se encontraba sin fuerzas, desanimado. Casi parafraseando a Leonardo da Vinci en esa famosa frase “una obra de arte nunca se termina, solo se abandona”, Castro escribió desde Montevideo:

Aprovecho un rato de espera en casa de este médico para darle noticias mías. Ando fastidiado, y casi decidido a suprimir mi viaje a

¹⁴ Para revisar la postura de la filología no académica que estaba en franco debate con los filólogos del Instituto sugerimos consultar Emiliano Battista (2014).

Chile y a N. York. Quizá en cuanto acabe ahí, me marche a España. Pensaba irme ayer a Bs. Aires, y no lo hice por sentirme mal con ese dolor desagradable que me aqueja de vez en cuando. Este médico, Dr. Navarro, me está viendo, me ha hecho analizar, en un laboratorio, heces y demás, pero no creo que encuentre el modo de curarme. De cualquier modo, estaré ahí el viernes por la mañana, y creo que saldré de esa directamente para España. Me siento cansado, con pocas fuerzas para seguir trabajando por ahora, con la intensidad necesaria.

Lamento en el alma no asistir a su comida del jueves. Por razones tanto de aspecto personal, como de justicia objetiva, habría querido asociarme a esa fiesta, y decir incluso en palabras que reflejaran lo mucho que le debe la intelectualidad de mi país. Gracias a su labor generosa y tenaz, los valores intelectuales se cotizan hoy más altos en la Argentina (Carta de Castro a Rojas, Montevideo, 13 de noviembre de 1923. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas).

Solamente unas semanas más tarde, Castro partía rumbo a EEUU. Regresaría exiliado a la Argentina recién en la década del treinta, a raíz de la guerra civil española.

Si el estatuto epistolar se funda en el movimiento ambivalente entre opuestos: nos referimos a los pares presencia-ausencia, oralidad-escritura, privado-público, realidad-ficción por citar solo los más significativos y también los que más consenso han suscitado en la crítica especializada (Maíz, 2018; Hintze y Zandanel, 2012; Bouvet, 2006; Cioran, 1995; Violi, 1987; Salinas, 1983), conviene apuntar que los ámbitos de lo público y lo privado no son compartimentos estancos en las misivas sino vasos comunicantes, espacio de intersección y caja de resonancias de escenas autobiográficas y prácticas institucionales. En la concatenación de piezas epistolares entre Castro y Rojas afloran, como vemos, diversos tópicos que intersecan ambos aspectos: la preocupación por instaurar a nivel nacional una filología de entretela científica, la vinculación con otros intelectuales, los sitios recorridos, las experiencias institucionales, las empresas y aspiraciones en común con Rojas y, por supuesto, el ramillete de contrariedades para afrontar esos desafíos profesionales. Esos espacios de imbricación público-privado que son estas cartas que analizamos habitan esos umbrales citados más arriba. Y nos precipitan de suyo en ese rito de pasaje o confín, que hunde sus raíces en la cantera de la historia de la filología en Argentina.

Funcionalidad y usos de la epistolaridad en la concatenación de piezas de Américo Castro a Ricardo Rojas

“Yo no me ocupo más que de lingüística, eso es mi vida,
ese es mi ideal”

(Carta de Castro a Unamuno, Madrid, 23 de enero de
1915. Archivo de la Casa-Museo Unamuno)

Estos documentos de archivo detentan algunas notas dignas de destacar que coadyuvan a que sean piezas de apreciable valía. Por una parte, las cartas de Castro a Rojas presentan un carácter de *exclusividad* en la información que contienen porque probablemente varios datos documentales no se puedan hallar en otras piezas u otros registros escriturarios. Recordemos que estas cartas fueron concebidas en el fuero de lo privado, por un intelectual español que además de vínculos académicos e institucionales se sentía unido a Rojas por un fuerte respeto y agradecimiento. Asimismo, las piezas que conforman esta serie contribuyen a reconstruir ciertos contextos de producción que hemos intentado describir en lo relativo a algunas *claves de la trastienda* de la institucionalización de los estudios filológicos en Argentina.

Por otra parte, resulta interesante destacar que las cartas constituyen objetos culturales que coligan texto e imagen. En este sentido, el epistolario proporciona dos datos que exceden a los firuletes entintados, a la letra mecanografiada y a la rúbrica personalísima de los corresponsales, pues, por un lado, vierte una información cartográfica sobre los diversos lugares desde donde el remitente envió su comunicación y, por otro lado, ubica a las piezas dentro del universo de la correspondencia privada pero de carácter institucional. Esto último es claramente constatable por los membretes de las hojas que remiten al Centro de Estudios Históricos, a la Universidad de Columbia, la Embajada de España en Berlín, etc.

Ahora bien, hechas estas aclaraciones preliminares, podríamos trazar entonces un recorrido sobre los usos y la funcionalidad de la palabra epistolar en estos artefactos escritos por Castro entre 1923 y 1936. Resulta significativo que, como es de suponer, una primera modulación de este aspecto recaiga en el debate de ideas, el esfuerzo ímprobo por el cual estas cartas, a través de un contrapunto de pareceres, se constituyen en *arenas culturales*, al decir de Gorelik (2016).

De igual modo, ocupa un lugar preponderante el uso de la escritura epistolar para *pasar en limpio* una reflexión (Myers, 2015: 53). Quizás una carta escrita desde el invierno neoyorquino eche luz sobre esta segunda modulación de la funcionalidad epistolar. A comienzos de 1924, luego de su paso por la dirección del instituto, Américo no viajó a España como pretendía sino a los Estados Unidos, contratado por la Universidad de Columbia en calidad de profesor visitante. En esta casa de estudios dictó un curso de literatura hispana. Recordemos que allí trabajaba el ya mencionado Federico de Onís, creador de la Casa Hispánica y fundador de la prestigiosa *Revista Hispánica Moderna*, quien fuera el nexo para su estancia allí¹⁵.

El 3 de febrero de 1924, Castro escribe una carta a Rojas en donde expresa sus opiniones sobre la coyuntura y recoge sus impresiones sobre la portentosa Universidad de Columbia. Por cierto, Castro tendrá a lo largo de su vida un amplio conocimiento de las universidades norteamericanas pues transitó por varias, finalizando su carrera académica en la prestigiosa Universidad de Princeton.

Casi como un relato de viajeros que capta aquello que por exótico llama su atención, releva las luces y sombras de un proyecto universitario sólido y, como un tiro por elevación, describe en clave enfáticamente negativa las oportunidades perdidas en España y Argentina. Pero al incoar la misiva recuerda con *saudade* su paso por Buenos Aires:

Mi querido amigo: Aquí me tiene V. por las gélidas latitudes de Yanquilandia, acordándome mucho de nuestro modesto rincón de B. Aires. Digo eso de *modesto*, bajo la impresión de magnificencia que causa esta universidad, sin igual ni parecido en nuestros países. Pero tal vez no se puede lograr aquí la relación personal entre colegas y estudiantes que entre nosotros es frecuente.

Lo que sería preciso era que nos lanzáramos pronto a adoptar algo del espíritu moderno de estas gentes, su solidaridad social, el ambiente distinguido y elevado de la vida universitaria. ¡Cómo le gustaría esto! Cada uno de estos espléndidos edificios es fruto de un donativo. La Biblioteca es maravillosa. Los dormitorios (enormes pabellones) de los estudiantes albergan a varios miles de ellos. Recuerdo nuestra conversación con Blaquier. Ahí y en España

¹⁵ Para mayores datos sobre el trabajo de Onís en EEUU sugerimos consultar López Sánchez, Coppello y De Pedro Robles (2007)

nosotros los convencidos tenemos que predicar a los ricos, en tanto que aquí vienen los tales espontáneamente. Están edificando un nuevo edificio para Business College, que le cuesta al donador un millón de dólares: él se ha enriquecido en los negocios, y quiere que los demás aprendan. Algo ingenuo, pero para la Universidad es admirable (Carta de Castro a Rojas, 3 de febrero de 1924, Nueva York. Instituto de investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas).

No quedan dudas, el *nosotros* los aúna y los congrega frente a la suntuosidad de la institución universitaria neoyorquina, es un nosotros –los *convencidos*– que también se encuentra terciado por el atraso hispanoamericano frente a la modernidad estadounidense. De hecho, postular la educación en términos de atraso se emparenta con la mirada de la denominada generación del 14, a la que la crítica adscribe a Castro, en la medida que se identificaba el *problema español* en el sentido que le había otorgado Ortega y Gasset, esto es, como un problema pedagógico. La solución pasaba por mirar a Europa de acuerdo con el principio de europeizar España. La preocupación no era otra que la modernización de España, para que saliera de su atraso y pudiera alcanzar un desarrollo científico, cultural, industrial, político y técnico, a la par de los países más avanzados, siendo la base de este proyecto el sistema educativo (Cfr. Morales Martín y Rodríguez Rodríguez, 2012: 20). Como vemos, la modernización española, o sea, de la periferia de Europa, constituye una salida nacionalista que paralelamente entraña *europeizar* España y que incluye refundar el vínculo con Hispanoamérica.

A este tenor, el lamento proferido por Castro hunde sus raíces en la falta de solidaridad de los ricos de *nuestros países*, a los que se debe educar. Más adelante, en la misma misiva, defiende su método de trabajo *alemán*¹⁶, que ya había defendido tiempo atrás en cartas con Unamuno¹⁷:

¹⁶ En este sentido, resulta dable consignar como un puntapié inicial su traducción al español de la *Introducción al estudio de la lingüística romance* del filólogo alemán Meyer-Lübke.

¹⁷ Destacamos el trabajo realizado por José I. Tellechea Idígoras en su artículo “Cartas De Américo Castro a Unamuno” en los Cuadernos de Cátedra M. de Unamuno, n° 38, 2003, pp. 109-139. “El motivo de la diversidad de criterio se retrotrae a un artículo de Unamuno publicado en *Nuevo Mundo* de Madrid el 5 de diciembre de 1914, titulado “Papeletas a la alemana”. Era una sátira, un tanto mordaz, de los nuevos modos de trabajar *a la alemana*. Unamuno se ensaña con la nueva *retórica metodológica* o *metodología retórica* del momento, que convierte al hombre en esclavo de sus papeletas para verificar cuántas veces un autor x emplea el gerundio. ‘La investigación es ante todo y sobre todo, papeleteo a la alemana’, dice irónicamente Unamuno, y bromea a cuenta de futuros investigadores que contarán cuántas veces usó Unamuno la palabra amigo, árbol, trama, ramplonería, etc... ¡oh la investigación, die

Aquí no existe la maldita asignatura, ni la bolilla, mis enemigos mortales. España e Hispano América son los únicos países en que existe esa antigualla; que nos moriremos sin ver suprimida. Es el veneno escolástico y casuista de nuestra tradición. Los yanquis han calcado el método alemán en cuanto a lo científico, y han conservado el sistema de vida inglesa en deportes, etc. En su día esta mezcla dará grandes resultados. Ya es mucho lo que se obtiene. (Carta de Castro a Rojas, 3 de febrero de 1924, Nueva York. Instituto de investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas).

Además, en esta misiva desde la gélida Nueva York, relata a Rojas que está mejor de salud (tópico recurrente en sus cartas: por ejemplo, 11 de agosto y 13 de noviembre de 1923; 3 de febrero y 12 de abril de 1924, por citar solo algunas), ya que sufría serios problemas intestinales y astenia. De igual modo, expresa confianza en que su sustituto al frente de la dirección del instituto, Agustín Millares, se desempeñará satisfactoriamente y terminará un trabajo importante, la *Biblia medieval romanceada*:

Mi salud va mejorando, y espero que desaparecerá el cansancio que todavía me aqueja, como resultado natural de tantos meses de molestias digestivas.

Millares estará ahí cuando llegue esta. Confío en que hará cosas buenas, y en que la Biblia seguirá adelante. Le mando al Instituto cartas para algunas personas españolas, para que no se vea aislado al principio de su estancia.

Le ruego salude afectuosamente a los compañeros y amigos de la Facultad. Y con saludos Muy afectuosos para V., se reitera como su buen amigo (Carta de Castro a Rojas, 3 de febrero de 1924, Nueva York. Instituto de investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas).

Paralelamente, en clave de los usos de la epistolaridad, se puede observar también una tercera modulación: algunas misivas operan a modo de un suplemento metatextual, una suerte de apostilla auxiliar que explica alguna de las elecciones u operaciones realizadas. Tal es el caso del denominado *Affaire Unamuno* que lo tuvo a Castro como protagonista inesperado. Expliquémonos un poco mejor.

En 1924, luego de su paso por Nueva York, Castro se había comprometido a trabajar por contrato en la Universidad de Puerto

Untersuchung!”, exclama” (Telechea Idígoras, 2003: 110). Castro le responde con otra misiva y defiende la seriedad de su metodología.

Rico en Río Piedras. Sin embargo, este deber quedó sin efecto a causa del *Affaire Unamuno* que lo hizo regresar súbitamente a España. En habidas cuentas, el clima político español deja sus huellas en el epistolario. Frente a la toma del poder por parte de Primo de Rivera, un cansado y enardecido Miguel de Unamuno escribió una carta criticando con dureza el gobierno y los atropellos del dictador. La comunicación, cuya finalidad consistía en canalizar su enojo y compartir sus impresiones, era de carácter estrictamente privado. El interlocutor y destinatario de la misiva era el profesor español, Antonio García Solalinde, importante medievalista que residía en Buenos Aires. El problema se suscitó porque el catalán Julio Noé, director de la revista *Nosotros*, accedió a la carta y la publicó en el número diecisiete (1923), en las páginas 520-521, con la firma de Unamuno. Américo Castro fue sindicado como quien hizo pública esa misiva adrede. Según Bernabeu Albert (2002: 659), “la parte más sustanciosa de la carta fue copiada y enviada a varias personas, entre ellas a Castro cuando todavía se encontraba en Buenos Aires. Este último la comentó con varios españoles nada simpatizantes con el dictador”.

La historia es, a partir de allí, una suma de entuertos: la publicación significó tanto la destitución de Unamuno de su cargo en la Universidad de Salamanca como el destierro en Fuerteventura. Antes de abandonar Nueva York, para regresar a España, Castro publicó una contra-misiva (4 de abril de 1924) en *La Prensa*, periódico español e hispanoamericano que se editaba en Nueva York, en la que dio su versión de los hechos. Dice Castro en esa misiva de defensa:

Lo ocurrido es esto. Yo recibí en Buenos Aires una copia a máquina de una carta, sin firmar y sin expresión de la persona a quien iba dirigida. Su tono era violento. Siempre que un país se encuentra sofocado por la censura, estas explosiones de la opinión privada adquieren intensidad proporcional a la presión que se hace para contenerlas por los encargados del poder. La carta en cuestión fue conocida entre un círculo pequeño de amigos, sin que nadie, al parecer, tuviese intención de dar al público lo que había sido escrito para ser leído en la intimidad. Pero he aquí que un médico amigo nuestro, catalán por cierto, cuyo padre había sido encarcelado en Barcelona por sus opiniones catalanistas, influido por el estado pasional que en él produjo aquella desgracia de familia, comunicó la malhadada carta al diario socialista *La Vanguardia*. La impresión que el hecho me produjo fue dolorosísima, y amigos míos de Buenos Aires conocen la tristeza que entonces experimenté. El hecho no

tenía remedio. La única esperanza era que el texto no fuera reproducido por otros periódicos de Buenos Aires. Así sucedió, felizmente, y yo mandé una nota a *La Vanguardia*, puesto que dicho periódico me aludía claramente y hasta insinuaba que yo había autorizado la publicación de la carta, cosa absolutamente falsa. ¿Quién iba a pensar que una revista como *Nosotros*, dirigida por mi buen amigo Julio Noé, iba a reproducir dicha carta, sin hablar conmigo, y sin tener en cuenta lo que yo decía en *La Vanguardia* al día siguiente de salir aquella impresa? (Carta de Castro al director del diario español *La Prensa*, Nueva York, 4 de abril de 1924. Archivo de la Casa-Museo Unamuno de Salamanca. Cit. en Telechea Idígoras, 2003: 114).

Ese tomar estado público de una carta privada escrita al calor de la ira tuvo grandes repercusiones en Argentina y en España. La difusión alcanzada por los terribles párrafos de la carta de Unamuno causó revuelo y probablemente este se sintió traicionado al comprobar que confidencias privadas se hicieron del dominio público (Cfr. Tellechea Idígoras, 2003: 113). Frente al conflicto que se suscitó por la filtración de la carta, Castro envió a su vez dos misivas, dos alegatos, a Rojas sin obtener siquiera un acuse de recibo o una lacónica respuesta. Con pesadumbre, dice Castro en una carta del 6 de julio de 1924:

Declaro que me pongo a escribirle con cierta tristeza, pensando que esta es la tercera vez que yo lo hago, después de haber quedado sin respuesta mis dos anteriores. Me decido sin embargo a escribirle, por pensar que los intereses ideales que nos ligan (para mí también de carácter afectivo) deben sobreponerse a razones de amor propio o apasionamiento personal. La causa de su silencio, ¿se debe a enojo, a ruptura de nuestra buena amistad? En cualquier caso, tratándose de V., y tratándose de mí, la verdad debe ser dicha. No me doy cuenta del alcance que hayan tenido ahí la serie de infamias que, como negra fatalidad, han venido planeando sobre mi limpio nombre desde mi salida de Buenos Aires. La barbarie que domina en España, la actitud inconcebible de los españoles que dejan solo a quien se atreve a decir lo que ahora comienzan a pensar todos los que tienen un rayo de conciencia, todo ello se ha combinado con el asunto de la carta de Unamuno, y hace que mi viaje a América, en el cual derroché esfuerzo y generosidad no superada por ningún otro español de los que fue a esa tierra, no me haya dejado en el ánimo sino amargura y melancolía (Carta de Castro a Rojas, San Sebastián, 6 de julio de 1924. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas)

En un tercer intento, Rojas sí contestó. La ansiedad y preocupación que engendró dicha contrariedad –la no respuesta– sumada a la contrariedad primera –la filtración de esa carta y el posterior encono de la prensa donde tuvo que salir a dar explicaciones– es quizás uno de los momentos más amargos de la correspondencia entre los dos intelectuales. El epistológrafo comparte su pesar con Rojas y no obtiene respuesta, una y otra vez. Ese monólogo aciago se transforma en júbilo cuando llega la carta de Rojas y sus palabras animantes.

Para calibrar el inconveniente, transcribimos la carta de Unamuno que suscitó el conflicto por hacerse pública:

XI - 1923 —Lo he escrito [se refiere a uno de los artículos en cuestión] aprovechando la mudez a que me condenan casos bárbaros del suspensorio, los del ganso real que han ido con S. M. a Italia, que tachan ya sistemáticamente lo que lleva ciertas firmas al pie.

Que luego, con otra firma o sin ella, pasa sin dificultad. Y luego los miserables esclavos que emborronan ese papel higiénico que se llama El Sol- Sol!! –dicen que hay libertad de propaganda liberal y que las izquierdas se contienen el resuello. ¡Miserables! Eso es burlarse de que se calla uno a quien le ponen mordaza. Yo creí que ese ganso real firmó el afrentoso manifiesto del 12-IX padrón de ignominia para España, no era más que un botarate sin más seso que un grillo, un peliculero tragicómico, pero he visto que es un saco de ruines y rastreras pasiones o un fantoche del lóbrego y tenebroso Martínez Anido, el ducho de esta situación tiránica.

He recibido una larga carta de don Santiago Alba, en que este me cuenta, y documentalmente, lo que con él está haciendo esa canalla, y da vergüenza ser español y de que haya hombres civiles, que se creen honrados, que colaboren con esa gentuza corroída de rencores de lenocinio. Aquella invitación a la denuncia secreta ha remejido el pozo ponzoñoso de la que Menéndez Pelayo llamó la ‘democracia frailuna’ española, el sentido demagógico inquisitorial, y se está viendo al descubierto el terrible cáncer de España que no es el caciquismo, sino la envidia. Envidia, envidia; odio a la inteligencia. Malo, muy malo era aquello, pero esto es peor. La lepra carlista de los vencidos en 1820 y en 1840 y en 1876, vuelve a brotar: curas y curoides, sacristanes, furrieles y asistentes, ratés (como Maeztu y Grandmontagne) se ponen al lado de esta porquería del suspensorio. Y blasfeman exclamando: ¡justicia! No, de la justicia no se les da un ardite. Que no es justicia insultar a uno e impedirle que se defienda en público, ni es justicia dejar pasar lo que dijo Silvela, de que parte

del dinero del juego iba al gobierno civil de Barcelona, y no investigar que hacían con él el Martínez

Anido ‘ése’ y la hiena de prensa, el Arlegui que le sirve. Y ese repugnante papel higiénico, aplaude a esa canalla.

Me ahogo, me ahogo, me ahogo en este albañal y me duele España en el cogollo del corazón. ¡Y aun hay que aguantar que hablen de misticismo! ¡Y de nuevo concepto de la libertad! ¡Mejor, Cierva! Nos están deshonorando.

Y luego, mentir, mentir, mentir. Atribuirse, mintiendo, no equivocándose, la casi unanimidad de la opinión pública y mentir en cada problema que atacan.

Me han dicho que Marañón iba a organizar, no sé si bajo el amparo del suspensorio o de El Sol, un partido de izquierda, supongo que monárquico. Le he escrito que no lo haga. Que lo liberal ahora es aguardar, mordaza en boca, y hacer saliva para luego escupir verdades a esa beocia encanallada, y que ya liberalismo y monarquía son incompatibles en España. ¡Quién me había de decir que al acercarme a los sesenta, sentiría el peso de aquella cancerosa tradición, de aquel tradicional cáncer que hacía estallar bombas sobre mi cabeza cuando tenía diez años. ¡Pobre España! ¡Pobre España! Dan ganas de morirse.

¡Basta, que lloro de veras! (Carta de Miguel de Unamuno a Antonio García Solalinde, Canarias, noviembre de 1923. *Nosotros* (XVII). Cit. en Tellechea Idígoras, 2003, p. 112-113).

Esa publicación en *Nosotros* le costó a Unamuno muchos tormentos. La carta no deja resquicio de dudas: la censura y la mentira, el odio a la inteligencia y la vanidad junto a una corrupción que desvía los fondos públicos, están a la orden del día. Según Claudio Maíz (1996: 101), “desde un punto de vista ético, la expresión [unamuniana] ‘me duele España’ [o en este caso ¡Pobre España!] podría leerse como otra forma de recogimiento, en tanto examen de la decadencia hispánica”. Es así como esta carta unamuniana se constituye en una “crónica íntima de la contemporaneidad” (Maíz, 1996: 113).

Ahora bien, como decíamos, los ecos de la política española resuenan en el epistolario de Castro y el imperativo para el autor de la misiva es obtener una respuesta de Rojas que demuestre solidaridad y empatía frente a lo que consideraba una tremenda mala pasada del destino. Sin embargo, también para Castro fue motivo de pesares este malentendido, según expone en una misiva desde Nueva York del 12 de abril de 1924:

Pocas situaciones más propicias a hacerle a uno perder la cabeza que la que se me ha creado con la maldita carta de Unamuno. Lejos de

España y de la Argentina, mal enterado de cuanto se dice y se calumnia sobre mí, me encuentro inerme y desprovisto de posibilidades de defensa. Ayer me dio alguien un recorte de *La Nación* del 29 de febrero, con un telegrama de Madrid, redactado con mala intención, en el que se confunden y mezclan verdades con mentiras con ánimo de inhabilitarme sin duda ante la opinión de ese querido país. Lo extraño es que ninguno de mis amigos me haya informado de esas cosas, y que nadie haya dicho lo que era de esperar que dijeran, a saber que YO NO DI A LA REVISTA NOSOTROS LA CARTA DE UNAMUNO. ¿Cómo mi amigo Julio Noé no se ha apresurado a hacer en los periódicos esa declaración? ¿Podría pensar alguien que iba yo a ser tan cretino que diera el nombre de Unamuno y el mío para que ambos fuéramos fácil presa de quienes gobiernan en España? La carta de Unamuno salió por primera vez en el diario *La Vanguardia* bien a pesar mío por indiscreción de un médico catalán llamado Matons. Y eso fue todo. De ahí o no sé de donde la tomaría *Nosotros* (Carta de Castro a Rojas, Nueva York, 12 de abril de 1924. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas).

No obstante, resulta interesante que Castro le solicita a Rojas una toma de posición, una defensa activa de su persona entre los fuegos cruzados que arrecian desde uno y otro lado del Atlántico:

Yo le ruego me defienda, amigo Rojas, y ponga las cosas en su punto. Estoy deseando marchar a España cuanto antes. Tal vez no vaya a Puerto Rico por no estar demasiado bien de salud, y no puedo estarlo con tan tremendos disgustos. Pero me alegra eso en cuánto me va a permitir marchar a España a fin de mayo para afrontar la cárcel o lo que sea. Si gentes un poco inconscientes han echado a rodar mi nombre junto con el de Unamuno, yo puedo proceder en la misma forma: He de ir a afrontar las responsabilidades a que hubiere lugar (Carta de Castro a Rojas, Nueva York, 12 de abril de 1924. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas).

Finalmente, podemos considerar que esas cartas sin respuestas, en lugar de circunscribir las palabras de Castro, las dinamizaron profundamente: tres cartas al hilo, entre los días 12 de abril al 24 de agosto de 1924, con motivo del problema suscitado por la filtración de la misiva unamuniana. A su vez, estas cartas dejan entrever que además de constituirse en vehículo de transmisión de un peligroso entuerto, exhiben una voluntad metatextual, intentan apostillar y explicar las decisiones tomadas. Las cartas son, de este modo, armas de defensa de su prestigio profesional.

En vinculación a lo anterior, podemos agregar también a esta cartografía de las funcionalidades de la misiva, una cuarta modulación que se vincula a la necesidad perentoria de mover a la acción. Tales son los casos de solicitudes de adhesiones. En este sentido, la primera carta de este corpus de Castro a Rojas es un claro ejemplo porque un nutrido grupo de intelectuales, que también incluye a Federico de Onís, Alfonso Reyes, Vicente García de Diego y Justo Gómez Ocerin, le pide a Rojas una contribución para el homenaje de Menéndez Pidal, al cumplirse 25 años de su profesorado. De igual modo, se puede apreciar este uso de la epistolaridad en el telegrama fechado el 31 de diciembre de 1930 en donde Castro solicita que Rojas avale el pedido del otorgamiento del Premio Nobel para Menéndez Pidal y suscite entre algunos otros colegas nuevas adhesiones: “ACADEMIAS LENGUA HISTORIA PROPONEN MENENDEZ PIDAL PREMIO NOBEL APOYAN PROFESORES ALEMANES FRANCESES ROGAMOSLE GESTIONE ACTIVAMENTE PROFESORES LITERATURA HISTORIA ESCRIBAN COMITÉ NOBEL ACADEMIA ESTOCOLMO PROPONIENDO PIDAL ANTES VEINTE ENERO” (Telegrama de Castro a Rojas, Madrid, 31 de diciembre de 1930. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas). Aunque la gestión resultó infructuosa –Menendez Pidal no recibió ningún Nobel y el apoyo de Rojas llegó con *delay* y por ende no pudo ser incluido– manifiesta la red de relaciones y la confianza entrambos. De este modo, el uso del objeto cultural carta sirve además como vehículo para solicitar adhesiones.

Por otra parte, las misivas entrañan constataciones de las labores realizadas, de los progresos y de las dificultades. Razón por la cual, verter información sobre los progresos profesionales, fundamentalmente la marcha de ciertos materiales o publicaciones, constituye la quinta modulación de esta correspondencia intelectual. En la misiva fechada el 7 de julio de 1923, con motivo de la edición de dos pliegos de la Biblia de la Edad Media en la que estaba afanosamente trabajando, Castro le adjunta a Rojas la copia de la carta que envió al Monasterio de El Escorial solicitando las fotografías del manuscrito. Este arduo trabajo está presente en la pieza epistolar que citamos más arriba, escrita desde Nueva York. La edición de ese libro, que en realidad había comenzado en Madrid, se concretó recién en 1927 bajo el título de *Biblia medieval romanceada*.

Otro ejemplo puede consignarse en la carta del 31 de diciembre de 1923 porque Castro utiliza este dispositivo escriturario para dejar

constancia de los logros al frente del Instituto de Filología así como también de las obras en preparación.

En las misivas abundan, de igual modo, los pedidos de disculpas frente a reiterados problemas de salud. Asimismo, constituyen un medio para establecer presentaciones de diversas personalidades, como sucede con Guillermo de Torre “joven escritor de gran valía y tan interesado en la literatura argentina como en la peninsular. Conocerá usted seguramente alguno de sus libros, que le han abierto las puertas de la literatura de vanguardia en los países de lengua española.”, según reza una carta fechada el 4 de agosto de 1927. Por cierto, ese mismo año¹⁸ de Torre escribía en *La Gaceta Literaria* que Madrid era el “meridiano intelectual de Hispano-América”, aseveración que tuvo repercusiones y dio lugar a una serie de burlas dentro de las páginas del periódico vanguardista *Martín Fierro*. También escribe cartas para *apalancar* a los colaboradores que se quedaron trabajando en el instituto, aunque Castro ya no esté presencialmente allí y para darles el respaldo necesario ante la figura de Rojas, como sucede en este fragmento del 31 de diciembre de 1923, constituyendo así la sexta modulación de los usos y funcionalidades de la epistolaridad:

Tanto el Sr. Battistessa como la Sta. Darnet han consagrado mucho trabajo eficaz al Instituto, en forma desinteresada. Su presencia activa en el Instituto la juzgo indispensable para el progreso y afirmación del mismo.

Le estimaré, pues, muchísimo que haga cuanto esté en su mano por mantener aquí a estos dos discípulos y colaboradores con quienes he de seguir en constante comunicación (Carta de Castro a Rojas, Buenos Aires, 31 de diciembre de 1923. Instituto de Investigaciones del Museo casa Ricardo Rojas)

Recapitulando entonces, la epistolaridad se abre en abanico tanto para debatir ideas como para pasar en limpio algunas reflexiones. De igual forma, algunas misivas operan a modo de un suplemento metatextual; otras, en cambio, son el artefacto escriturario para mover a la acción concreta. El brindar información sobre los progresos laborales y la presentación de diversas figuras también forman parte de las modulaciones de la funcionalidad epistolar.

¹⁸ Resultan sumamente interesantes los textos de Toscano y García (2019) sobre los acontecimientos que tuvieron lugar ese año en torno a la cuestión de la lengua en Buenos Aires. También destacamos la mirada panorámica de los textos de Alfón (2011) y Oliveto (2014).

Conclusiones

El itinerario académico particular de Castro, calibrado a través de las cartas aquí compartidas, repercute en un horizonte más amplio que incluye no solo la institucionalización de los estudios filológicos y la incidencia de la filología española en Argentina sino también algunos episodios no tan conocidos en su vida intelectual. En esa consumación entre la epistolaridad y la vida, se diseccionaron escenas y procedimientos que Antières (2019) llama momentos de escritura, es decir, secuencias temporales durante las cuales se articulan objetos y prácticas. Las cartas rezuman así viajes, empresas conjuntas, experiencias librescas y la cotidianeidad o el diario vivir de dos intelectuales que trabaron un interesante vínculo en la primera mitad del siglo XX, vinculación de la que, por cierto, queda mucho por decir.

La correspondencia intelectual de Américo a Ricardo convida un frondoso material para examinar entonces matices específicos articulados en torno al proyecto profesional compartido de comenzar a institucionalizar los estudios filológicos en Argentina, apenas entrada la década del veinte del siglo pasado pero que consumó y abrió otras derivas, es decir, cristalizó nuevos interrogantes donde la pregunta por la lengua, incluía un gesto más ambicioso y abarcativo. Es así como intelectuales españoles desde Madrid y españoles residentes en Argentina, como Castro, incidieron en esas disputas. En medio de una querrela simbólica por la nacionalidad, al decir de Terán (2000) que incluye una querrela por la lengua, (Alfón, 2011; 2013) en el ámbito geográfico y cultural del Río de la Plata, se produce una polémica por los sentidos de la lengua y sus usos: la lengua, en tanto proceso dinámico, deviene proceso ideológico.

El análisis de las piezas epistolares muestra que la labor en el Instituto de Filología supuso enfoques encontrados a uno y otro lado del océano Atlántico, en torno a la definición de su función institucional, al desempeño de Castro, así como también en lo relativo a la delimitación de sus prioridades. Las tramas entre el saber científico de la nueva disciplina que estaba pulsando por cristalizarse (o que se estaba literalmente fundando en Argentina) y ciertas lógicas en lo relativo al saber específico y técnico, modularon las tensiones de un proyecto académico-cultural –y por esto político– de fuerte trascendencia para España y Argentina.

Sin embargo, las cartas no son solo el espacio donde Rojas y Castro construyen un vínculo privado a través de la filología, los viajes y los libros sino también, la arena cultural donde alternan información y pergeñan planes conjuntos, inmersos en los avatares

de la vida cotidiana y la historia de los dos países. Del mismo modo, las cartas instrumentalizan exhortaciones e impelen a la toma de decisiones, como hemos intentado describir en lo relativo al *Affaire Unamuno*. En las cartas, se maduran algunas reflexiones, se explican los afanes y resoluciones, se mueve a la acción.

Esa conversación en diferimiento, que entraña todo trocar de correspondencia, ofrece rastros para montar una biografía intelectual y a su vez, brinda elementos para componer esos contextos de producción junto a las repercusiones, en el fuero íntimo, de las ilusiones y contrariedades que experimentan los epistológrafos. El viaje a Argentina en la década del veinte del siglo pasado operó como un viaje exportador de conocimientos donde el filólogo acrisoló su prestigio profesional; sin embargo, su labor al frente del instituto fue puesta a prueba por sus compañeros del CEH que no siempre entendieron ni acordaron con las decisiones tomadas. Quizás no llegaron a calibrar cabalmente la pulseada filológica que Castro se proponía librar y que quedó, por cierto, reducida a unos pocos meses.

El epistolario será entonces el vehículo escriturario mediante el cual Castro prolongará a lo largo de los años sus lazos intelectuales con Rojas y, por su intermedio, con las vicisitudes del país. Por eso, las preocupaciones por España, las novedades políticas, los acontecimientos que atañen a las universidades españolas y americanas son temas de exploración y análisis en las misivas.

Sin embargo, resulta insoslayable advertir que las cartas se proyectan hacia el por-venir de la propia figura, esto es, se constituyen en documentos del cómo se quiere ser recordado. Por ende, resultan no solo ser el vehículo vivo de un pensamiento en movimiento sino el registro permanente del mismo (Cfr. Myers, 2015: 54). Entre lo público y lo privado, entre lo institucional y lo subjetivo, entre lo inasible y lo mensurable, los usos múltiples de esa epistolaridad demuestran que más allá de escribirse cartas para el presente se escriben cartas para el después. Si como dice Giorgio Agamben (2011), toda obra escrita puede ser considerada como el prólogo de una obra jamás escrita, estas cartas son quizás preludio o prolegómena de un texto cuya vindicación sea no ser leído nunca o quizás no escribirse jamás.

Bibliografía

AGAMBEN, GIORGIO. “¿Qué es un dispositivo?”, *Sociológica*, año 26, núm. 73, mayo-agosto de 2011 [2007].

- . “Experimentum linguae” en *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2007.
- AGUILAR, GONZALO Y SISKIND, MARIANO. “Viajeros culturales en la Argentina” en María Teresa Gramuglio (Dir. Vol. 6) *El imperio realista*, Noé Jitrik (Dir. gral.) *Historia crítica de la literatura argentina*. Bs. As.: EMECÉ, 2002.
- ALFÓN, FERNANDO. “La querrela de la lengua en Argentina (1828-1928)”. Tesis doctoral. 2011. En línea: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/20882/Documento_completo___.pdf?sequence=1
- ANTELO, RAÚL. *Algaravia*. Florianópolis: Editora da UFSC, 1998.
- ANTIÈRES, PHILIPPE. *La experiencia escrita. Estudios sobre cultura escrita contemporánea*. Buenos Aires: Ampersand, 2019.
- BATTISTA, EMILIANO. “Los críticos del Instituto de Filología frente al Diccionario del habla popular argentina. Un enfoque historiográfico”, *Rasal*, 2014. Em línea: <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/rasal/issue/view/876/showToc>
- BERNABEU ALBERT, SALVADOR. “Un señor que llegó del Brasil. Américo Castro y la realidad histórica de América”, *Revista de Indias*, vol. LXII, núm. 226, 2002.
- BOUVET, NORA. *La escritura epistolar*. Buenos Aires: EUDEBA, 2006.
- BUCHBINDER, PABLO. *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: EUDEBA, 1997.
- CASTRO, AMÉRICO. “Programa de investigación filológica”, *Humanidades*, 7, 1923.
- . *La enseñanza del español en España*. Madrid: Victoriano Suárez, 1922.
- . *La peculiaridad lingüística rioplatense: y su sentido histórico*. Buenos Aires: Losada, 1941.
- CIORAN, EMIL. *Oeuvres*. París: Gallimard, 1995.
- CHICOTE, GLORIA. “Intercambio epistolar entre Ricardo Rojas y Ramón Menéndez Pidal: fragmentos para la construcción de una hispanidad post-imperial”, *Anclajes*, vol. XXIV, núm. 1, enero-abril 2020.
- DAUPHIN, CÉCILE; LEBRUN-PEZERAT, PIERRETTE Y POUBLAN, DANIELLE. *Ces Bonnes Lettres: Une correspondance familiale au XIX siècle*. París: Albin, Michel, 1995.
- DEGIOVANNI FERNANDO Y TOSCANO Y GARCÍA, GUILLERMO. “Disputas de origen: Américo Castro y la institucionalización de la filología en Argentina”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, t. 58, núm. 1, 2010.

- DEVOTO, FERNANDO: “Acerca del lugar del archivo en la historiografía contemporánea”. Conferencia pronunciada en la Universidad Nacional de Mar del Plata en las XV *Jornadas de Historia Política: “Archivos, métodos y perspectivas”*, octubre 2018.
- FABRE, DANIEL (Dir.). *Écritures ordinaires*. París: POL/BPI- Centre Pompidou, 1993.
- FORMENTÍN IBÁÑEZ, JUSTO Y VILLEGAS, MARÍA JOSÉ. “Las pensiones de la JAE”, Miguel Ángel Puig-Samper Mulero (Ed.) *Tiempos de Investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*. Madrid: CSIC, 2007.
- GARCÍA MOUTON, PILAR Y PEDRAZUELA FUENTES, MARIO (Eds.). *La ciencia de la palabra. Cien años de la Revista de Filología Española*, Madrid: CSIC, 2015.
- GILMAN, STEPHEN. “Américo Castro como humanista e historiador”, en Pedro Laín Entralgo (Dir. y Pról.). *Estudios sobre la obra de Américo Castro*. Madrid: Taurus, 1971.
- GÓMEZ MARTÍNEZ, JOSÉ L. “Américo Castro y Sánchez Albornoz: dos posiciones ante el origen de los españoles”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, tomo XXI, núm. 2, 1972.
- GONZÁLEZ, DANIELA SOLEDAD. “El paso de Joan Corominas por Argentina”, *Boletín de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística*, núm. 11, 2017.
- GORELIK, ADRIÁN Y AREAS PEIXOTO, FERNANDA. (Comp.). *Ciudades sudamericanas como arenas culturales artes y medios, barrios de élite y villas miseria, intelectuales y urbanistas: cómo ciudad y cultura se activan mutuamente*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2016.
- HINTZE, GLORIA Y ZANDANEL, MARÍA ANTONIA. “Algunas nociones sobre el género epistolar a propósito de las cartas de Francisco Romero”, *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, Universidad Nacional de Cuyo, vol. 29, núm. 2, 2012.
- LIDA, MIRANDA: “Una lengua nacional aluvial para la Argentina. Jorge Luis Borges, Américo Castro y Amado Alonso en torno al idioma de los argentinos”, *Prismas*, vol. 16, núm. 16, 2012. En línea: <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2075>
- . *Amado Alonso en la Argentina. Una historia global del Instituto de Filología (1927-1946)*, Bernal: UNQ, 2019.
- LIDGETT, ESTEBAN. “La correspondencia Monner Sans - Costa Álvarez (1920-1927): la definición de un programa de investigación filológica en Argentina”, 2013. En línea: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.3864/ev.3864.pdf 2013.

- LÓPEZ SÁNCHEZ, JOSÉ MARÍA; CAPELLO, HÉCTOR Y DE PEDRO ROBLES, ANTONIO. “Intelectualidad española en América. La junta para ampliación de estudios y sus redes culturales”, *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades SOCIOTAM*, vol. XVII, núm. 1, enero-junio, 2007.
- LYONS, MARTYN. “La historiografía de la escritura en el futuro”, en Martyn Lyons y Rita Marquilhas (Comps.). *Un mundo de escrituras. Aportes a la historia de la cultura escrita*, Buenos Aires: Ampersand, 2018.
- MAÍZ, CLAUDIO. “La carta y el discurso autorreferencial. Aportes para una poética del género epistolar en Unamuno”, *Cuad. Cat. M. de Unamuno*, núm. 31, 1996.
- . “Modernidad, inconformismo y tensiones emocionales: El Epistolario inédito (1894-1936) de Miguel de Unamuno”. *Landa*, Universidade Federal de Santa Catarina, núm. 6, vol. 2, 2018.
- MORALES MARTÍN, JUAN Y RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, M. CARMEN. *Américo Castro*. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional para el desarrollo, 2012.
- MYERS, JORGE. “La correspondencia como conversación humanista. La correspondencia intelectual de Alfonso Reyes y Genaro Estrada (1916-1939)”, *Políticas de la Memoria*, núm. 15, verano 2014/2015.
- OLIVETO, MARIANO. *La lengua literaria en la Argentina de 1920*. Buenos Aires: Teseo, 2016.
- ROJAS, RICARDO. “Discurso de inauguración del Instituto de Filología”, Universidad de Buenos Aires, 1923.
- PRADO, GUSTAVO H. *Rafael Altamira en América. 1909-1910. Historia e Historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*. Madrid: CSIC, 2008.
- . *Las lecciones historiográficas de Rafael Altamira en Argentina (1909) Apuntes sobre ciencia, universidad y pedagogía patriótica*. Oviedo: Univ. de Oviedo, 2010.
- PUIG-SAMPER MULERO, MIGUEL ÁNGEL (Ed.) *Tiempos de Investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*. Madrid: CSIC, 2007.
- SALINAS, PEDRO. *El defensor*. Madrid: Alianza, 1983.
- SANTOS DE LA MORENA, BLANCA. “Entrevista a Melchora Romanos, Directora del Instituto de Filología y Lit. Hispánicas Dr. A. Alonso”, *Revista Historia Autónoma*, núm. 6, 2015.
- TELECHEA IDÍGORAS, JOSÉ. “Cartas de Américo Castro a Miguel de Unamuno”, en *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno*, núm. 38, 2003.

- TOSCANO Y GARCÍA, GUILLERMO. “Materiales para una historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1920-1926)”, *Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana*, vol. VII, núm. 13, 2009.
- . “Amado Alonso en el debate acerca de la lengua nacional. El papel del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires en la redefinición del objeto (1923-1946)”. Tesis doctoral, 2011.
- . “Materiales para una historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires”, *Filología*, vol. XLV, 2013.
- . “Hacia una historia de la lingüística en la Argentina: la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana (1930-1949)”. En S. Archimbault, J-M. Fournier y V. Raby (eds.). *Penser l’histoire des saviors linguistiques. Études épistémologiques, historiques et linguistiques en hommage à Sylvain Auroux*. Lyon: ENS Éditions. 2014.
- . “Sobre vicios, vergas y vulvas. Dos textos inéditos de Arturo Costa Álvarez”, *Rasal*, 2020. En línea: <http://id.caicyt.gov.ar/ark:/s26183455/o60bt8ww0>
- VILLALBA, MANUEL. “Una carta inédita de Claudio Sánchez-Albornoz a Américo Castro”, *Incipit*, vol. XXXV, 2015.
- VIOLI, PATRIZIA. “La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar”, *Revista de Occidente*, núm. 68, 1987.

Sección epistolario

- Carta de Américo Castro a Federico de Onís, Buenos Aires, 18 de julio de 1923. Archivo de Federico Onís, O-MS/C-44.18.
- Carta de Américo Castro a Miguel de Unamuno, Madrid, 23 de enero de 1915. Archivo de la Casa-Museo Unamuno de Salamanca.
- Carta de Américo Castro a R. Menendez Pidal y T. Navarro Tomás, Buenos Aires, 20 de septiembre de 1923. Archivo Menéndez Pidal en Madrid.
- Carta de Américo Castro a Ricardo Rojas, 4 de mayo de 1923. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas.
- Carta de A. Castro a R. Rojas, Buenos Aires, 7 de julio de 1923. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas.
- Carta de A. Castro a R. Rojas, 11 de agosto de 1923. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas.
- Carta de A. Castro a R. Rojas, Montevideo, 13 de noviembre de 1923. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas.

- Carta de A. Castro a R. Rojas, Buenos Aires, 31 de diciembre de 1923. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas.
- Carta de A. Castro a R. Rojas, 3 de febrero de 1924, Nueva York. Instituto de investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas.
- Carta de A. Castro a R. Rojas, Nueva York, 12 de abril de 1924. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas.
- Carta de A. Castro a R. Rojas, San Sebastián, 6 de julio de 1924. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas.
- Carta de A. Castro a R. Rojas, San Sebastián, 25 de agosto de 1924. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas.
- Carta de A. Castro a R. Rojas, Madrid, 18 de noviembre de 1924. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas.
- Carta de A. Castro a R. Rojas, 29 de noviembre de 1927. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas.
- Carta de Américo Castro al director del diario español *La Prensa*, Nueva York, 4 de abril de 1924. Diario *La Prensa*. Archivo de la Casa-Museo Unamuno de Salamanca.
- Telegrama de A. Castro a R. Rojas, Madrid, 31 de diciembre de 1930. Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas
- Carta de Menéndez Pidal a Ricardo Rojas, Madrid, 12 de mayo de 1923. Archivo Menéndez Pidal en Madrid.

Las cartas de Américo Castro a Ricardo Rojas (selección)

Carta de Américo Castro a Ricardo Rojas del 31 de diciembre de 1923 (original: mecanuscrito)

Facultad de Filosofía y Letras.

Buenos Aires, diciembre 31 de 1923.

Sr. Ricardo Rojas, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras.

Mi estimado Decano:

Al dejar por este año la dirección del Instituto de Filología, cúpleme manifestarle que hasta este día se han realizado los siguientes trabajos:

Edición de dos pliegos de la Biblia de la Edad Media, según las fotocopias que obran en poder del Instituto, y que en parte han sido pagadas a Fray Macario Sánchez¹⁹ (Escorial). Se ocupan especialmente de este trabajo el Sr. Ángel Battistessa²⁰ y la Sta. Julia Darnet²¹.

El italianismo en la lengua de Buenos Aires, por la Sra. de Halperín²².

La lengua de Ascasubi, por el Sr. Halperín²³.

Traducción de un artículo de Max Leopold Wagner, sobre hispanoamericanismos, por el Sr. Grünberg²⁴, que figurará en el folleto que

¹⁹ Fray Macario Sánchez López (1884-1936). Nació en Hoyocasero (Ávila). Era profesor de dibujo y pintura del Real Monasterio de El Escorial. Religioso agustino. Devoto y admirador de Santa Teresa. Fue beatificado el 28 de octubre de 2007.

²⁰ Ángel Batistessa (Buenos Aires, 1902, 1993). Filólogo, crítico y traductor. Discípulo de Américo Castro. Doctor Honoris Causa de la Universidad de La Plata (UNLP) y la Universidad de Buenos Aires (UBA). Dictó clases en las universidades de Génova, Oxford, Heidelberg, Cambridge, La Sorbona y Roma.

²¹ Ana Julia Darnet de Ferreyra. Profesora de Letras, autora de textos para la enseñanza. Inspectora de enseñanza secundaria del Ministerio de Educación de la Nación. Escribió *Un diálogo de Luciano romanceado en el siglo XV: estudio de la comparación entre Alexandre et Anibal et Scipion* (1925); *Historia de la literatura americana y argentina* (con su correspondiente antología) (1938); *Acervo literario* (1940). También autora de manuales escolares. Presidenta de la Comisión pro escuela rural argentina. Profesora de literatura en el Colegio Carlos Pellegrini.

²² Renata Donghi de Halperín (1900-1986). Docente y escritora. Formó parte del Instituto de Filología. Su texto *Contribución al estudio del italianismo en la Argentina* (1925) es el único trabajo publicado por el Instituto que procura explícitamente ajustarse a los criterios lexicográficos definidos por Castro en 1923. Otros títulos son *Relatos de una vida gris* (1932), *En la noche oscura* (1963) y las novelas: *La casa de la ochava* (1967) y *Los sobrevivientes* (1974). Madre de Tulio Halperín Donghi. Una interesante semblanza se puede encontrar en *Son memorias* de T. Halperín Donghi (2008).

²³ Gregorio Halperín. Latinista. Formó parte del Instituto de Filología. Escribió *Manual de Latín para juristas* (1946). Padre de Tulio Halperín Donghi.

²⁴ Carlos Moisés Grünberg (1903-1968). Traductor y poeta, profesor de letras y abogado. Publicó *Narración de la Pascua* (1946), *Mester de judería* (1940), *Junto a un río de Babel* (1965), entre otros.

está imprimiendo la librería La Facultad, en el que irán además artículos de R. M. Pidal y T. Navarro.

Están en preparación además estos trabajos:

La mala colocación del pronombre, por el Sr. Schneider²⁵.

Gramática y vocabulario del Martín Fierro, por el Sr. Tiscornia²⁶.

El Galicismo en la Argentina, por Toro y Gómez²⁷.

La lengua literaria y sus peculiaridades en Buenos Aires, por mí, el Sr. Battistessa y la Sta. Darnet.

De acuerdo con lo dispuesto por el Sr. Decano, en marzo próximo se encargará de la dirección del Instituto D. Agustín Millares. Hasta esa fecha, propongo al Sr. Decano que se encarguen de los asuntos pendientes, de la conservación del material, de dar informes, etc., la Secretaria del Instituto, Sta. Julia Darnet el Sr. Ángel Battistessa. Yo rogaría al Sr. Decano se sirviera confirmar para el año próximo el nombramiento de la Sta. Darnet, y que se le asignara el sueldo que sea posible dado los recursos que se dan al Instituto. Agradecería mucho asimismo que al Sr. Battistessa se le nombrará vice - secretario, auxiliar de la Dirección, o algo parecido, y que también recibiera la remuneración que sea del caso.

Tanto el Sr. Battistessa como la Sta. Darnet han consagrado mucho trabajo eficaz al Instituto, en forma desinteresada. Su presencia activa en el Instituto la juzgo indispensable para el progreso y afirmación del mismo.

Le estimaré, pues, muchísimo que haga cuanto esté en su mano por mantener aquí a estos dos discípulos y colaboradores con quienes he de seguir en constante comunicación.

Con este motivo se reitera suyo muy affmo. S.S.

Américo Castro

(Es copia)

Carta de Américo Castro a Ricardo Rojas del 12 de abril de 1924

(original: mecanuscrito)

12 de abril de 1924

²⁵ Se refiere al lingüista Mauricio Schneider. Finalmente, el volumen se publicó con el título *La colocación del pronombre*.

²⁶ Eleuterio Felipe Tiscornia (Gualeguaychú, 1879-Buenos Aires, 1945). Escritor, filólogo e hispanista argentino. Tuvo como principal objeto de estudio la poesía gauchesca. Sus obras *Martín Fierro comentado y anotado* (1925) y *La lengua de Martín Fierro* (1930) fueron inaugurales en lo relativo a la edición crítica de la obra de Hernández.

²⁷ Miguel de Toro y Gómez (1851-1922). Filólogo, lingüista español y traductor, nacido en Loja (Granada). Residió algunos años en París y en Argentina. Escribió sobre pedagogía, gramática, lexicografía.

Sr. Dr. Ricardo Rojas.

Mi querido amigo:

Pocas situaciones más propicias a hacerle a uno perder la cabeza que la que se me ha creado con la maldita carta de Unamuno. Lejos de España y de la Argentina, mal enterado de cuanto se dice y se calumnia sobre mí, me encuentro inerte y desprovisto de posibilidades de defensa. Ayer me dio alguien un recorte de La Nación del 29 de febrero, con un telegrama de Madrid, redactado con mala intención, en el que se confunden y mezclan verdades con mentiras con ánimo de inhabilitarme sin duda ante la opinión de ese querido país. Lo extraño es que ninguno de mis amigos me haya informado de esas cosas, y que nadie haya dicho lo que era de esperar que dijeran, a saber que YO NO DI A LA REVISTA NOSOTROS LA CARTA DE UNAMUNO. ¿Cómo mi amigo Julio Noé no se ha apresurado a hacer en los periódicos esa declaración? ¿Podría pensar alguien que iba yo a ser tan cretino que diera el nombre de Unamuno y el mío para que ambos fuéramos fácil presa de quienes gobiernan en España? La carta de Unamuno salió por primera vez en el diario *La Vanguardia* bien a pesar mío por indiscreción de un médico catalán llamado Matons. Y eso fue todo. De ahí o no sé de donde la tomaría *Nosotros*.

Yo le ruego me defienda, amigo Rojas, y ponga las cosas en su punto. Estoy deseando marchar a España cuanto antes. Tal vez no vaya a Puerto Rico por no estar demasiado bien de salud, y no puedo estarlo con tan tremendos disgustos. Pero me alegra eso en cuánto me va a permitir marchar a España a fin de mayo para afrontar la cárcel o lo que sea. Si gentes un poco inconscientes han echado a rodar mi nombre junto con el de Unamuno, yo puedo proceder en la misma forma: He de ir a afrontar las responsabilidades a que hubiere lugar.

Es cómico –o trágico– que seamos nosotros los que tengamos que afrontar responsabilidades. La responsabilidad es de quien pone a un país con los nervios disparados, sin medios de opinar, de acusar, de vivir como está uno acostumbrado en la libre España, modelo en este punto de amplitud de miras y de tolerancia, hasta que estos gobernantes han decidido otra cosa. Pensar que con la terrible dictadura que padece mi país, todos hemos de ceñirnos guante blanco y adoptar posturas de un divino marqués del siglo XVIII, creo que es bastante ridículo. Si Unamuno escribe cartas, es para estas sean leídas, claro está. Siempre en estos últimos años ha venido siendo D. Miguel el guía de quienes son capaces de un poco de emoción en España; ahora no ha dejado de decir su palabra. Pero lo absurdo es que quienes están conforme con lo que él dice o piensa, vuelvan contra Unamuno y sus amigos lo que se dan el gustazo de utilizar para complacerse a sí mismos.

Pues bien, a lo que iba. Se me puede crear esta terrible situación: que a lo mejor no voy a tener puesto en la España de los dictadores, y tampoco en la Argentina, si la calumnia y la insidia logran que se me mire como persona poco grata. El silencio de todos Vds. es alarmante. ¿Cómo no ha salido una pluma a defenderme en *La Nación*? Hasta ayer yo no me di cuenta de la magnitud de las infamias que sobre mí se acumulan. Se dice en las columnas de *La Nación* del día 29 de febrero que yo he perturbado las buenas relaciones de España y la Argentina. ¡Cómo que no he hecho otra cosa en siete meses de actividad cariñosamente consagrada a un país que se ha ido convirtiendo para mí en objeto de verdadero culto sentimental! Comprenderá, querido Rojas, mi amargura y mi tristeza. Voy a ser yo el culpable de la indignación que ha levantado la conducta desatentada del Gobierno de mi patria.

A lo mejor esta carta es inoportuna porque alguien ha dicho ya lo que había que decir; pero yo no lo sé. Ni una voz amiga me habla desde ahí, y en cambio me llega el veneno de quienes por uno u otro motivo se han encargado de formar una montaña de una cosa que no habría tenido importancia si ese impertinente no lleva la carta de Unamuno a *La Vanguardia*, ¡diciendo que era de Unamuno!

Al ver que también por aquí corren circulares en que se dice que yo di a la revista *Nosotros* la carta de Unamuno (¡Mentira, mil veces mentira; no se atreverá a afirmarlo J. Noé que es un caballero!) he tenido que salir de mi silencio que era lo único prudente, pensaba yo, para Unamuno, y mandar una carta al diario español de aquí, *La Prensa*, diciendo la verdad de lo ocurrido. Mi propósito era al principio no publicarla en Buenos Aires, y aunque la he mandado a Gerchunoff²⁸, le puse una carta diciéndole que viera él si no era mejor callarse para no avivar más el fuego. Pero es que yo no sabía la serie de inequidades que se han escrito ahí sobre mí. Apelo a su probada buena amistad para que vea si no es del caso insertar eso en *La Nación*. Antes de consentir que se me desprestigie estúpidamente en Buenos Aires, yo he de intentar defenderme. Le suplico pues que en vista del sesgo que tomen las cosas, y si no resultara francamente contraproducente por causas que no puedo adivinar desde Nueva York, que haga llegar al público mi defensa. Es lo menos que puede uno pedir de un país felizmente libre como es el de V.

No me siento con ganas ni humor para hablarle de ninguna otra cosa. Y le aseguro que no tendré paz hasta no saber que en Buenos Aires se me hace o al menos se intenta hacerme justicia.

Muy agradecido de antemano lo saluda cariñosamente su amigo

²⁸ Alberto Gerchunoff (1883-1950). Escritor y periodista argentino. Escribió numerosas obras, entre las cuales se destacó *Los gauchos judíos* (1910), posteriormente llevada al cine.

Américo Castro

P.D. Si mis temores fuesen excesivos y se hubieran arreglado las cosas por lo que a mí atañe, no sabe cuánto le agradecería una palabra por cable. De otro modo hay dos meses entre escribir y recibir la contestación. Gracias.

Carta de Américo Castro a Ricardo Rojas del 6 de julio de 1924
(original: mecanuscrito)

San Sebastián, 6 de julio de 1924.

Sr. Dr. Ricardo Rojas.

Mi querido amigo:

Declaro que me pongo a escribirle con cierta tristeza, pensando que esta es la tercera vez que yo lo hago, después de haber quedado sin respuesta mis dos anteriores. Me decido sin embargo a escribirle, por pensar que los intereses ideales que nos ligan (para mí también de carácter afectivo) deben sobreponerse a razones de amor propio o apasionamiento personal. La causa de su silencio, ¿se debe a enojo, a ruptura de nuestra buena amistad? En cualquier caso, tratándose de V., y tratándose de mí, la verdad debe ser dicha. No me doy cuenta del alcance que hayan tenido ahí la serie de infamias que, como negra fatalidad, han venido planeando sobre mi limpio nombre desde mi salida de Buenos Aires. La barbarie que domina en España, la actitud inconcebible de los españoles que dejan solo a quien se atreve a decir lo que ahora comienzan a pensar todos los que tienen un rayo de conciencia, todo ello se ha combinado con el asunto de la carta de Unamuno, y hace que mi viaje a América, en el cual derroché esfuerzo y generosidad no superada por ningún otro español de los que fue a esa tierra, no me haya dejado en el ánimo sino amargura y melancolía. Yo no he podido hacer sino lo que he hecho: dejar de ir a Puerto Rico y venir a España para compartir la suerte de Unamuno. He hecho saber que estaba aquí dispuesto a hablar, a responder, a ir a la cárcel. El Gobierno (¿Gobierno!) me dicen que no me ha perseguido por miedo a otra "Affaire", que aunque habría sido pequeña en comparación con lo de D. Miguel, no le convenía plantear. He ofrecido a la familia de Unamuno todo el sueldo que mensualmente dejaba de percibir: han aceptado solo una pequeña ayuda, porque estaba cubierta con creces la suscripción. He explicado a los cuatro vientos lo ocurrido con la maldita carta: ¿qué más iba a hacer?

Esta chusma galoneada ha hecho argumento de que yo reclamaba mi sueldo. ¡Claro que lo reclamaba! La Real Orden de lo de octubre pasado

en que me quitan el sueldo dice que yo he ido a Buenos Aires por mi “conveniencia personal”, y que ningún provecho se sigue de mi estancia en la Argentina. Es decir España no solo no ayuda a quien va a predicar su buena nueva a esa América que con sarcasmo quieren dominar española, sino que hostiga y molesta a quien va por su propio valer científico, sin tener nada que deber a la protección oficial. Yo no me podía resignar a que en la Gaceta se me presentara como a un caballero de industria, al que el estado deba un puntapié. Si el embajador de vds. aquí, en su afán de lisonjear a este extracto de prostíbulo que nos rige con las espuelas, ha dicho o hecho algo que haya podido molestarle a V. por su cordial gestión en aquel caso, yo no lo sé. En cuanto sea posible materialmente, voy a refregarle en los hocicos a esta chusma esa R.O. de lo de octubre. A mí, maldita la falta que me hacen las pesetas, pero “no es el huevo, sino el fuero”.

Estas aclaraciones le darán idea del valor que pongo en su amistad. Haga lo que guste después de esta mía. Veo que se desvanece mi labor ahí: del Instituto apenas sé nada. Nadie me informa en detalle de lo que ocurra. Siempre me quedará el recuerdo de lo intentado, y el “dolorido sentir”. Lo que no es después de todo pequeña realidad.

De V. siempre muy afmo. amigo.

Américo Castro

Señas:

AIZETZUA

San Sebastián, hasta el 31 de agosto.

Me parece que aún no se ha pagado lo que se adeuda al P. Macario de El Escorial por las fotografías de la Biblia, y que se adeuda algo a los que papeletearon para el glosario del Instituto. Si hubiera alguna dificultad para saldar esa deuda, le estimaría me lo comunicara para ver de arreglarlo de otra forma.

Vale.

Carta de Américo Castro a Ricardo Rojas del 25 de agosto de 1924
(original: mecanuscrito)

San Sebastián 25 de agosto de 1924.

Sr. Dr. Ricardo Rojas.

Querido amigo Rojas: Innecesario decirle la viva satisfacción que me causa su afectuosa carta de 3 de agosto. Qué quiere V. cuando los disgustos y sinsabores empiezan a caer sobre uno, es muy fácil dejarse arrastrar por la tendencia a aumentar los. Estaba a oscuras (ya no) sobre lo que ahí había ocurrido en cuanto a mí se refería concretamente, y empezó a preocuparme su silencio. Veo que es V. tardo para escribir a los amigos, nada más. ¡Loado sean todos los dioses del olimpo "euríndico"!

Julio Noé me escribió una carta muy amable, reconociendo que yo no había dado la carta. Ahora solo falta que esta gentuza abandone el poder, y que yo pueda contar, con carácter retrospectivo, las enormidades de ésta época de tiranía y barbarie. ¡Qué cosas están haciendo! No me atrevo a escribir ahora, no por mí; que eso no me preocupa, sino para no crear molestas situaciones a *La Nación*. Ya sé que han reclamado diplomáticamente por las cosas que publicaba. Han hablado de expulsar a Sanín Cano, el representante de "la Nación", pero no creo que se atrevan. No encuentro a nadie que defienda al titulado gobierno. El peligro que se les avecina, y que es lo único que los puede derribar, es la discordia dentro del mismo ejército. La oficialidad de Cataluña está francamente indisciplinada por las enormidades injustas que están cometiendo contra los catalanes. Los delegados gubernativos cometen inequidades en los pueblos. Han llegado a arrancar a las niñas las capuchitas con que van a la iglesia, por considerarlo alarde catalanista. Dígame si así se puede vivir. Si el separatismo era allí antes una maniobra de ciertos barceloneses, ahora será una actitud noble y popular. Y fuera de Cataluña es lo mismo. El gobernador militar de Pamplona llama a la redacción del *Día Vasco*, y les dirige estas frases: 'Mucho ojo, porque les advierto que estoy dispuesto a fusilarlos, pero no sin patearles antes los coj...'. Al director y a otros redactores los ha tenido incomunicados una semana, en un calabozo inmundo, como a forajidos. Y de cada lugar de España podría decirse otro tanto. El colmo de la vileza en que vivimos se ha manifestado en el proceso de Berenguer, con ese indulto dado medrosamente ante la amenaza del ejército de Marruecos y ante el peligro de que Berenguer revele las cartas de rey, que demuestran lo que sabe el último español, que el verdadero culpable de los 10.000 muertos de Anual es Alfonso, digno nieto de su bisabuelo. Han registrado la casa de Horacio Echevarrieta para encontrar esas cartas (parecen historias de hace un siglo) y no hallaron nada, claro está porque esas cartas del rey están a buen recaudo. De broma le decía a V. que el mal de España es no haber hecho nuestro 25 de mayo bien hecho. Y ahora que veo venir unos años catastróficos me confirmo en ello. Lo vamos a pasar muy mal, porque a esto sucederá el caos. Pero España está viva, pese a su mortecina vida política. Después de convulsiones populares, el espíritu moderno triunfará, y los recursos cada vez mayores del país en

riqueza y cultura abrirán lentamente la nueva vía, sin rey, y con el ejército convenientemente escarmentado. Una elevada unión moral con Hispano-América marcará esa nueva era.

Me alegro mucho del éxito del Instituto en su nueva etapa. Ya le dije que esa persona (no doy nombres porque parece que empieza otra vez una indecente apertura de cartas) tenía gran valor personal y científico. Sería una gran cosa que el continuara otro año para dejar más adelantado esa tarea que cae tan dentro de su especialidad. Yo le rogaría a V. que lo convenciera de continuar ahí otro año, ya que él me dice que le han insinuado que prosiga.

Creo que el Instituto tiene ciertas deudas de fotografías y de personal del año pasado. La Secretaria ha debido anticipar ciertos fondos. Comprendo que es difícil que en un organismo naciente se arregle todo como lo deseáramos. Poco a poco irá teniendo el Instituto dotación como los centros similares de la Facultad.

Para cuando yo pueda servir ahí disponga sin más de mi modesta pero entusiasta ayuda.

Le abraza afectuosamente.

A.C.

Carta de Américo Castro a Ricardo Rojas del 13 de febrero de 1931

(original: mecanuscrito)

Berlín C2, den 13 febr. 1931

Señor Doctor Ricardo Rojas.

Mi querido amigo: Recibo aquí su amable de 12 del pasado, que comunico a Madrid, para que vean la manera de utilizar su valiosa adhesión. Lo esencial, sería dirigirse directamente a la Academia Sueca, aunque ya es tarde para ello. Veremos de todas formas si hay modo de incluir su nombre en alguna de las listas de adheridos. La candidatura de Pidal lleva muy buena marcha. Más de 50 profesores conocidos de Alemania, Austria y Suiza han hecho una comunicación colectiva y entusiasta en favor de MP. La Academia de Ciencias de Múnich lo propone corporativamente; de todas partes vienen también proposiciones entusiastas. Creo que es muy probable que obtenga el premio, con lo cual se reconocerá la dignidad literaria de las actividades que cultivamos.

Veo que soplan vientos malos para la universidad argentina, y para la española. ¿No piensa V. querido Rojas, en el tremendo paralelismo de nuestros países? La gente me ha mirado siempre con extrañeza cuando decía que trabajo con el mismo afán por Madrid que por Buenos Aires,

porque el día que una de esas dos ciudades resuelva el problema, automáticamente se salvará la otra. Vea cómo la brutalidad de los hechos viene a confirmar esa arraigada idea. En Madrid vamos a un caos, y aunque se vaya el rey, vendrá la dictadura. Mientras no se creen lazos de humanidad y de trabajo entre unos y otros hombres, es inútil pedir ademanes políticos al ciudadano de ambas Córdobas. ¿Pesimismo? “El mundo es así” como dijo Baroja, y lo primero es ver las cosas como son.

No estaré en Madrid –de no ocurrir algo gordo que me llame allá– hasta setiembre. Estaré por acá hasta junio, luego a Chicago, y luego ya a casa, para no moverme en mucho tiempo. Esta Universidad es maravillosa. Tengo de alumno a un argentino, Rosenblat²⁹, excelente pero tan poco preparado (junto a los alemanes) como nuestros muchachos en general. Este país es enorme. Trabajo y trabajo. A docenas debían venir los argentinos, pero vigilados.

Le recuerda también con hondo afecto, su leal amigo.

Américo Castro.

Mis señas, Madrid,
Centro de Est. Históricos
Medinaceli, 4 (nuevas señas!)

²⁹ Ángel Rosenblat (1902-1984). Filólogo, ensayista e hispanista de origen polaco. Fue discípulo de Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña y Ramón Menéndez Pidal.